

UN CUERPO EN CRISTO

Por
Kokichi Kurosaki

Introducción

Los cristianos de hoy en día están saliendo por todas partes en muchas direcciones diferentes en un sincero esfuerzo de alcanzar el gran desafío de los últimos días de esta dispensación. En todos lados vemos evidencias que "el misterio de iniquidad" está llegando a su apogeo, en completo desafío a todo lo que la Cristiandad sostiene. Sin embargo, algún sentido espiritual interior nos dice que Dios tiene una respuesta para este poderoso Goliat, y estamos por llegar a esa respuesta.

Yo personalmente creo que mucho de este llegar es bueno y que cada énfasis es parte de la gran respuesta que buscamos. Sin embargo, en el mismo corazón de las cosas está enraizado un problema al cual si no llegamos, finalmente anulará todas las otras victorias que hemos logrado. La Escritura nos dice esto, y, más aun, la gloriosa pero triste historia de la Iglesia testifica de esto.

Es con esta raíz que nuestro hermano japonés tan hábilmente se dirige en estas páginas; no simplemente señalando el problema, sino que con perspicaces verdades espirituales da la respuesta. Pienso de su trabajo que es uno de los más excepcionales libros de nuestros días y los conceptos espirituales que él establece son absolutamente esenciales para la realización del cumplimiento del Nuevo Testamento.

John Myers, Presidente – Publicaciones Voice Christi

CAPITULO UNO

Nuestro Presente Dilema

EUROPEOS Y AMERICANOS, habiendo estado bajo las condiciones divididas del sistema existente de iglesias cristianas por varios siglos, encuentran que es casi imposible tener una idea muy diferente a la que han conocido. Esto es especialmente cierto desde que la civilización Europea es dominada por la influencia de las civilizaciones griegas y romanas. La Cristiandad Occidental no pudo evitar tampoco ser fuertemente influenciada por estas culturas.

Bajo Roma, la influencia del hombre sobre el Cristianismo se volvió muy institucional, mientras que la cultura griega produjo fuertes tendencias teológicas y filosóficas. El resultado ha sido, por un lado, un crecimiento espléndido en expansiones misioneras y expresiones teológicas, pero por otro lado, un infortunado crecimiento de sectarismo e institucionalismo. Nuestro antecedente en el Oriente ha sido diferente; por eso, puede que tengamos algo que contribuir al entendimiento del Cuerpo de Cristo.

Lo que voy a hacer es escribir debido a la medida de fe que me fue revelada a través de la Palabra de Dios por el Espíritu Santo. Sin embargo, no es meramente el producto de una especulación, sino el resultado de mi larga vida de experiencia con los compañeros creyentes. Lejos de ser puramente teoría o especulación, esta aparente fantástica y abstracta idea puede ser realizada en la experiencia actual como lo ha sido por muchos años en Japón.

El Pecado de las Divisiones entre los Cristianos

Hay muchos misioneros extranjeros en estos días en Japón que han venido de diferentes iglesias y grupos, así como de diferentes países. El número de las divisiones y sectas parecen incontables al común de los japoneses, porque hay más de cien así-llamados grupos "Cristianos". Cada uno tiene su exclusiva doctrina u organización por las cuales ellos se distinguen y se separan de los otros. Si bien algunos de ellos son bastante tolerantes y deseosos de cooperar con otros, algunos son muy intolerantes.

Naturalmente los japoneses en general, están sorprendidos y a menudo disgustados por las divisiones y peleas internas de esos que profesan conocer el amor de Dios. Esto no puede ser pasado por alto simplemente como una ignorancia de los japoneses acerca de la iglesia, porque muchos japoneses han encontrado al haber leído ellos mismos en la Biblia, que esta condición es contraria a las enseñanzas fundamentales de la Palabra de Dios.

La Ekklesia (traducida "Iglesia" en la edición en inglés de las Santas Escrituras) es el Cuerpo de Cristo¹. Como cabeza, Cristo gobierna y dirige su Cuerpo; Cuerpo compuesto de muchos miembros con diferentes dones o funciones. Cada miembro está conectado directamente a la Cabeza, y así todos los miembros se gozan de la comunión unos con otros por medio de su relación con El.

Así como la fe en Cristo es una nueva vida espiritual en El, así el Cuerpo es un organismo espiritual. Esto hace la construcción del cuerpo humano y sus miembros muy similar a la esencia natural de la Ekklesia de Cristo. Efectivamente, el Cuerpo de Cristo, si bien no físico, no es menos real y práctico que nuestros cuerpos humanos. Y así, la Ekklesia tiene existencia real, y es un Cuerpo, y por ninguna razón debe estar dividido. Así como un cuerpo humano no puede vivir cuando está dividido en partes, así el Cuerpo de Cristo no puede vivir cuando está seccionalizado. Una Iglesia dividida no es una Iglesia del todo en el sentido del Nuevo Testamento.

Y con todo en nuestros días, y pese a nuestra profunda pena, la Iglesia está dividida en cientos de sectas. Si bien la mayoría de ellas abiertamente no osan jactarse a sí mismas de ser la única y verdadera Ekklesia, con todo cada una de ellas actúa como si fuesen el único Cuerpo de Cristo. Habiendo perdido de vista la verdadera naturaleza de la Ekklesia, la iglesia del presente día está dividida en espíritu y tiende a disipar sus fuerzas en actividades improductivas y demostraciones mundanas. Y todavía más de temer es el hecho de que la iglesia no se da cuenta de su peligrosa situación, y división tras división continúa sin final.

Las serias consecuencias prácticas de esta condición son más y más obvias. Desde el fin de la guerra, las innumerables sectas de los Estados Unidos cada una ha estado enviando misioneros a convertir a los japoneses a cada secta en particular, aún al punto de sacar miembros de otras iglesias para llevarlas a sus propios grupos.

Los japoneses están perdidos en saber cual de las sectas es la correcta en sus reclamos de representar el Cristianismo real. Aquellos que ya son cristianos, son a menudo sacudidos en la fe y dañados en su crecimiento espiritual. Algunos son encaminados a serias confusiones por aquellos misioneros que insisten que todos los cristianos que no se sujeten a sus doctrinas en particular, están en error.

Aun en Corintios donde Pablo evangelizó por un año y medio, surgieron peleas entre los cristianos, los cuales decían cada uno, "Yo soy del grupo de Pablo", "Yo soy de Apolo", "Yo soy de Cefas", o "Yo solo soy un cristiano". Pablo dijo que eran carnales e imploró que ellos "hablaran con una sola voz y que no permitieran ser separados en grupos". Más bien, Pablo dijo que ellos deberían estar perfectamente de acuerdo en pensamiento y opinión. El dio la misma y severa advertencia en otros casos. Ej. 1 Cor. 1:10,16; 15:5-6; Fil. 1:27; 2:2; 4:2, etc.

Lejos de ser de un mismo sentir y opinión, las denominaciones y sectas cada una tienen su propio emblema o registro de marca, y se jactan de su superioridad ante otros, aun tratando de sacar a otros creyentes de sus iglesias para llevarlos con ellos. Ellos piensan que solo de esa manera ellos pueden ser leales al Señor, porque creen que el Cristianismo solamente está representado por su iglesia.

Estas sectas y denominaciones, sin temor a "robar ovejas" de otros rebaños, pareciera que están más preocupadas en convertir a los hombres a sus propios grupos que a Cristo. Y así las advertencias de

¹ Efesios 1:22,23; 4:15,16; 5:23-27, 32; Col. 1:18; 2:19.

Pablo son tan absolutamente ignoradas, que la Ekklesia de Dios está ahora dividida en cientos de sectas y denominaciones, y han caído en un desorden fatal.

¿Cuál es el centro de todo esto? ¿Qué está mal? Toda esta confusión y desastre es el resultado de ideas erróneas y falsas sobre la naturaleza esencial de la Ekklesia. Cada iglesia o secta enfatiza sus peculiaridades como los elementos principales de la fe Cristiana, y condena a quienes no están de acuerdo. Como resultado, el Cristianismo está yendo para abajo en un camino de interminables divisiones, y nadie sabe cual va a ser el final de este camino.

Para aclarar la confusión presente, y para mostrar como todos los cristianos pueden vivir como uno en Cristo, es necesario redescubrir el centro real del Cristianismo. Veamos que es lo que Dios ha hecho el centro de nuestra relación con él para que podamos hacer de eso el centro de nuestra fe. Solo de este modo el pecado de una Cristiandad dividida llegará a su fin.

Primero, antes que nada, será de ayuda mirar hacia atrás y ver qué es lo que ha sido considerado como el centro del Cristianismo en la historia. Al hacer esto, tenga en mente que la palabra "centro" debe ser entendida como "el elemento más esencial" de la fe cristiana. Puede ser mejor usar la palabra "núcleo" o "esencia" en vez de "centro", pero confiamos que el lector entenderá la palabra "centro" como significado de "elemento esencial"; esta palabra será usada de aquí en adelante.

CAPITULO DOS

El Centro de la Cristiandad a través de la Historia

1. La Era Apostólica

PARA LOS DISCÍPULOS, Cristo fue personalmente el centro de su fe. El vivió y caminó con ellos en la tierra. Su personalidad única, su carácter noble, sus diálogos celestiales, su vivir diario lleno de amor, su poder milagroso y su actitud autoritativa, todo esto atrajo los corazones de los discípulos como un imán atrae el hierro.

Creyendo que Él era el esperado Mesías y que la promesa de Dios sería cumplida a través suyo, lo siguieron a todas partes mientras predicaba del Evangelio del Reino de Dios. Sus corazones y mentes estaban completamente satisfechos al estar con Jesús. Habiéndose dado cuenta de que él no solo era una gran personalidad sino Dios, lo adoraron con la misma actitud de corazón con que lo hacían hacia Dios. Era bien obvio que la fe y experiencia de los discípulos estaba centrada en Jesús mismo.

La muerte de Jesús temporalmente arrojó a los discípulos en confusión y oscuridad, pero su resurrección restauró una convicción aun más fuerte en sus corazones. Es entonces que ellos llegaron a tener una comunión más íntima con él como el Señor resucitado.

Cuando Jesús ascendió para estar con el Padre, pidió al Padre que enviara el "*Paracleto*". El Espíritu. Después de esto la vida de los discípulos fue unida a la de su Señor resucitado por el morar interno del Espíritu, y ellos vivieron una vida de "Koinonía"² – comunión – con él y con todos los compañeros creyentes. Aun en el caso de Pablo, que no había estado con Jesús durante su vida terrenal, esta experiencia de unidad espiritual con el Señor resucitado fue muy vívida y real, como podemos ver en sus expresiones: "Para mí el vivir es Cristo" y "Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí."

El deseo de la vida de los discípulos Cristianos era el retorno de Cristo, a quien esperaban. Sus ojos estaban puestos en el mismo Señor como él que era, es, y aparecería de nuevo.

En suma, el centro de la vida de fe para los discípulos era Jesucristo mismo en su Koinonía espiritual (comunión) con él. Ellos fueron bautizados en su nombre, le oraban a él, y hacían milagros en su

² Koinonía es la transliteración de la palabra griega que es traducida "comunión".

nombre. Ellos encontraron nueva vida en él personalmente, y el deseo purificador de su retorno gobernaba sus vidas.

Por medio del testificar de los discípulos al Cristo resucitado, muchos se convirtieron a la fe de ellos. Siendo bautizados, estos convertidos se dedicaban a las enseñanzas de los apóstoles, la comunión unos con otros, al partimiento del pan, y a las oraciones. Muchos prodigios y señales fueron hechos por los apóstoles. Todos los que creyeron estaban juntos y tenían todas las cosas en común; vendían sus posesiones y bienes y los distribuían a todos, según las necesidades de cada uno. Día a día, asistiendo juntos al templo y partiendo el pan en sus casas, ellos participaban de la comida con gozo y generosidad de corazones, alabando a Dios y teniendo favor con todo el pueblo (Hch. 2:24-47).

Estas eran las prácticas de la Ekklesia primitiva, pero ninguna de estas prácticas fueron el centro de su fe. Su fe estaba concentrada sobre Cristo mismo. Su vida unida con él era el centro de sus vidas y consecuentemente de la Ekklesia.

Los apóstoles no pensaban en bautismo y en la Santa Cena como ritos sacramentales (Vea Juan 4:2; 1 Cor. 1:17; también vea en los Evangelios y especialmente en Lucas 22:29,20). Si bien ellos practicaban el bautismo y la Santa Cena como las expresiones más válidas de su fe, no se puede decir que ellos hicieron de estos actos de comunión el centro de su fe o de la Ekklesia.

Tampoco lo apóstoles establecieron ningún credo o doctrina. Aun la llamada teología Paulina no fue una teología en el sentido de la palabra de esos días. Era solo el método de Pablo de explicar la fe. Fue su expresión de su comunión con Dios y Cristo, su testimonio de él teniendo koinonía con el Señor. Pero entender la explicación de Pablo de su fe es una cosa, y tener koinonía con el Señor es otra. Lo primero no debe ser tomado como lo último y hacerlo el centro de la fe.

El centro de la fe de Pablo era unión con Cristo en el Espíritu; lo mismo era cierto con Juan, como veremos más adelante, y sus explicaciones teológicas fueron solo su esfuerzo de hacer a la Persona central más real a otros creyentes. ¡Ellos no estaban teologizando, sino testificando!

En la era apostólica hubieron algunos en el grupo de creyentes quienes trabajaban para la Ekklesia, tales como los ancianos y los diáconos, etc. Pero estas palabras eran solo nombres para aquellos que servían a la Ekklesia porque ellos encajaban para tales ministerios. No había aun nada parecido a una institución establecida que los seleccionara a esas tareas. Sus servicios fueron naturalmente reconocidos mientras ellos demostraban su charisma³ entre los creyentes, o dones del Espíritu.

La autoridad como se ejercitaba en la Ekklesia del Nuevo Testamento no era de la clase legal o institucional tal como la concebimos hoy en día. Igual que el Señor antes que ellos (cf⁴. Marcos 11:28-30), los líderes entre los primeros creyentes poseían solo autoridad celestial o espiritual.

Su autoridad era reconocida y seguida cuando – y justamente por eso – ellos hablaban en el evidente poder y verdad del Espíritu Santo. Aun la autoridad de los apóstoles no fue legal u organizacional, siendo implementada solo por la convicción del Espíritu en el corazón de los hombres. De la misma manera, el servicio de los obispos (ancianos) y diáconos estaba completamente basado en algo espiritual.

Los Cristianos en la era Apostólica nunca pensaron de hacer una organización institucional el centro de la Ekklesia, ni de sustituir el servicio humano de autoridad terrenal por la actividad y autoridad del Espíritu en medio de ellos.

2. El Periodo Católico

Cuando el Emperador Constantino hizo de la Cristiandad una religión nacional, usando eso como un medio para la unidad espiritual de todo el imperio, la sangrienta persecución de los Emperadores Romanos cesó del todo. Después de eso el Cristianismo se expandió rápidamente sobre todo el territorio del Imperio Romano. En esta expansión el Cristianismo desarrolló la organización que hizo

³ Palabra griega que quiere decir dones o regalos.

⁴ Cf. = Confirmar

"la iglesia", y este sistema institucionalizado se volvió más y más centralizado, hasta que al final el obispo de Roma se convirtió en el "Padre" de toda la Iglesia Romana.

La civilización Europea es una combinación de las culturas griega, romana, y hebrea. Los griegos son la fuente de sus elementos filosóficos y estéticos, los romanos de su naturaleza política y legal, y los hebreos de las fases religiosas de la civilización Europea.

El Cristianismo en el Imperio Romano no pudo escapar de ser influenciado por la cultura Romana. La autoridad Imperial, derivada ahora de su autoridad de la unión política y eclesial, pudo declarar a todos los ciudadanos del Estado como Cristianos y miembros de la Iglesia institucional. Como resultado, la verdadera naturaleza de la Ekklesia, como el Cuerpo de Cristo viviente, se perdió dentro de la Iglesia, y esta última se convirtió solo en un cuerpo legal regulado por la ley de la Iglesia en vez del Espíritu. La fe, como las leyes del Estado, se redujo a un credo, formulado por y recordado por los miembros comunes de la Iglesia. Aquellos que no aceptaron el credo, así como aquellos que no obedecían la ley, fueron juzgados como herejes y castigados.

Cuando el Cristianismo fue transformado en la institución legal, no podía esperarse más que la comunión o *koinonía* con Dios y con Cristo fuera el centro de la Ekklesia. El centro de la fe fue transferido de una unión espiritual con Cristo, como la cabeza de la Iglesia, al gobierno legal del Papa, como el representante del Reino de Dios. La Ekklesia espiritual fue reemplazada por la institución terrenal de la Iglesia, cuyo centro era el Papa. En esta Iglesia la comunión de los Cristianos no fue más el Cuerpo de Cristo, el cual tenía vida y unión con El, y Cristo no fue más la cabeza que gobernaba su Cuerpo, la Ekklesia.

Con el establecimiento de la Iglesia institucional, murió la adoración a Dios en espíritu y en verdad, y fue reemplazado por adoraciones rituales y formales. No pudieron ya más las palabras de Juan de: "...la unción [del Espíritu] que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción [del Espíritu] misma os enseña todas las cosas..." (1 Juan 2:27), aplicarse a los Cristianos. Los miembros de la Iglesia ahora eran solamente enseñados por los oficiales ordenados de la Iglesia.

Esto fue la Iglesia Romana, la cual insistió que fuera de su congregación no podía haber salvación. Sin la sanción del Papa nadie podía entrar en el Reino de Dios, porque solo él guardaba la llave de los cielos. Y sin tomar parte en los rituales y sacramentos prescritos por los oficiales ordenados de la Iglesia, uno no solo era incapaz de ser un verdadero miembro de la Iglesia, sino que ni siquiera era considerado cristiano.

No solo la Iglesia enseñaba esto, sino que estos principios se volvieron las leyes de la Iglesia. Aquellos que rehusaban obedecer estas regulaciones eran finalmente excomulgados, perdiendo también sus derechos legales como ciudadanos y la protección del Estado. El levantarse en contra de la Iglesia Católica institucional vino a ser un asunto mucho más serio que levantarse en contra del gobierno del Estado. Bajo esta coerción, la mente de los hombres fue privada del derecho de buscar libremente la verdad y la fe real. Aquellos que realmente tenían hambre y sed de fe y vida espiritual, tenían que buscarla a riesgo de sus propias vidas.

Y así la Iglesia institucional, con el Papa como cabeza, vino a ser el centro del Cristianismo. Especialmente después de que el sistema de la Inquisición fuera establecido en varios países de Europa, los herejes fueron persistentemente perseguidos y cruelmente castigados por la Iglesia, cuyas leyes tenían el poder del Estado. La Iglesia se convirtió en una institución puramente legal y terrenal.

Y fue como resultado de esta política de la Inquisición que Wycliffe de Inglaterra, John Huss de Praga, Savonarola de Italia y William Tyndale de Inglaterra fueron llevados a la muerte. La historia es testigo de las trágicas consecuencias de un sistema que pudo pagar con tal retribución el traducir las Escrituras u oponerse a la Santa Sede.

Este severo castigo impresionó profundamente a las masas sin educación con el concepto de que el rechazar la doctrina autorizada de la Iglesia era el peor pecado que un hombre pudiera cometer, y también significaba que el tolerar tal herejía era tan malo como eso. Así que los hombres fueron guiados a pensar que el deber cristiano de una persona era seguir los dogmas de la Iglesia

incuestionablemente, y perseguir a los herejes. El espíritu de intolerancia sobrevivió aún después de la Reforma y entró en las Iglesias Protestantes para convertirse en la causa real del lamentable sectarismo del presente.

3. El Periodo Protestante

En la Reforma, Martín Lutero y Juan Calvino establecieron nuevas iglesias en muchas partes de la Europa separada de la Iglesia Romana. Debido a esto, los Cristianos Católicos, el Papa Romano, y la institución de Roma, perdieron su posición como el centro del Cristianismo. Entonces, ¿Cuál sería el centro de las nuevas iglesias que se levantaban debido a la obra de los reformadores?

Para Martín Lutero, como podemos ver en su comentario de Gálatas, el elemento central de su fe era la unión con Cristo en Espíritu y Vida, o sea, *koinonía* con Dios. Pero era la Santa Escritura lo que llevó a Lutero a esta fe, y el luchó contra la Iglesia Romana, usando este libro como su única arma.

Todos los otros reformadores de igual manera encontraron en la Biblia toda la fuente de verdad. Al rechazar la autoridad de la Iglesia de Roma, estos hombres se volvieron a las Escrituras como la autoridad para su fe y acciones. En el fiero conflicto de aquellos primeros días de la Reforma, era natural que ellos buscaran la seguridad de algún objetivo común para enfrentarse al aparente ilimitado poder político-ecclesial de Roma. Por eso, la posición de la Biblia como el testimonio inspirado de la fe personal de los apóstoles en Cristo, gradualmente cambió y se convirtió en la fuente del "dogma" Protestante y el criterio de la fe aceptable. Reemplazando al Papa Romano, la Biblia vino a ser el centro del Cristianismo en las iglesias Protestantes.

El redescubrimiento de Lutero de la gran doctrina bíblica de "salvación solo por fe" fue uno de los más grandes eventos en la historia de la humanidad. Su restauración de la Biblia a su correcto lugar como la fuente básica del Cristianismo fue un progreso real. Comparada con la fe de la Iglesia Romana fue un tremendo paso en retornar a la fe del Nuevo Testamento.

Con todo, ahora era necesario en el Protestantismo, como lo había sido en el Catolicismo, hacer una clara y cortante distinción entre la fe ortodoxa y la herética, y excluir a los herejes de la nueva y purificada iglesia. Así que vino a haber poca diferencia entre Protestantes y Romanistas en su insistencia de hacer una clara y visible distinción entre los "Cristianos reales" y los herejes.

Como resultado, los Protestantes se vieron forzados a emplear mucho esfuerzo en formular sus propios credos, los cuales produjeron muchas declaraciones excelentes de verdades escriturales, tales como la Confesión de Augsburgo de 1530, la confesión de Basel de 1534 y 1536, las Confesiones Helvéticas de 1536 y 1567, y la Confesión de Escocia de 1560, así como la Francesa (1559), Belga (1562), y la Confesión de Westminster (1642).

Si bien todas estas confesiones fueron de mucho valor en sí mismas, con todo, ninguna de ellas pudo reclamar ser el absoluto estándar de fe. Fe es vida en Jesucristo y una vida nunca puede ser confinada dentro de ciertos sistemas de credos. Debido a eso los credos no son el fin o el objeto de fe en sí mismos, sino expresiones de nuestra comunión con Cristo, y no deben ser confundidos como el objeto o centro de nuestra fe. Obviamente la plenitud del Cristo viviente no puede ser retenida dentro de los estrechos límites de credos escritos.

La Biblia misma no es sino la descripción de esta vida, o sea, la descripción de Dios en su relación con el hombre. Consecuentemente, contiene muchas contradicciones aparentes debido a las complejas y variadas naturalezas de las vidas de individuos y sus experiencias con Dios. Esto hace imposible de resumir la verdad de la Biblia permanentemente en cualquier confesión o credo, porque ellos son solo el entendimiento de la verdad de una persona o grupo.

El no entender esta limitación de los credos ha dado lugar a inevitables disturbios en el Protestantismo, y ha sido causa de división en la Cristiandad de muchas sectas y denominaciones basadas en una diferente interpretación de ciertos textos o enseñanzas en la Biblia.

La primera y famosa disputa entre protestantes fue entre Lutero y Zwingli sobre el significado de la Santa Cena. En el año 1529 Felipe de Essex, tratando de unificar los lados bélicos del Protestantismo, realizó una conferencia en Marburg, esperando conseguir que Lutero y Zwingli llegaran a un acuerdo en ciertas doctrinas principales.

En la conferencia ellos pudieron estar de acuerdo en todas las doctrinas excepto en si el pan y el vino en la Santa Cena eran realmente la carne y sangre de Jesús, o solo las representaban. Debido a que no pudieron ponerse de acuerdo en este punto, no se pasaron las manos, y por último la conferencia fue disuelta y fracasó, para desilusión de todos. Todos los Cristianos Europeos y Americanos saben el gran daño que esta falta de acuerdo ha hecho a la unidad de los Cristianos.

Un segundo episodio ocurrió entre Calvino Y Servetus. Ellos no pudieron ponerse de acuerdo sobre la doctrina de la Trinidad, y Calvino finalmente causó que Servetus fuera quemado en la colina de Champell. Los tres héroes de la Reforma de esta manera se volvieron ejemplos de sectarismo y naturalmente fueron seguidos o imitados por sus sucesores, arrojando a la iglesia en divisiones sin fin. Desde este comienzo muchos cientos de sectas y denominaciones han aparecido en el mundo, cada una pensando que era la iglesia verdadera afirmando que todas las demás estaban equivocadas. Esto ha continuado hasta ahora, haciendo casi imposible para ellos el ser uno en Cristo.

Los puntos en los cuales la iglesia ha sido dividida serán sumarizados en el próximo capítulo.

CAPITULO TRES

Puntos de División

Teología

CONTROVERSIAS TEOLÓGICAS furiosas han surgido sobre muchos asuntos, las más básicas son ahora la división entre las teologías "ortodoxas" y "liberales". Esto ha causado grandes divisiones entre los cristianos, especialmente cuando las ortodoxas caen dentro de una ortodoxia muerta, rechazando todo nuevo pensamiento para un estudio crítico, y cuando las liberales caen en puro humanismo, rechazando las verdades fundamentales de la Biblia.

Estas dos se oponen y luchan entre ellas, los ortodoxos condenan a los liberales de no tener fe, y los liberales desprecian a los ortodoxos de rechazar a la ciencia y estar fuera de moda, y de ser adoradores de la letra de la Biblia (bibliolatría). Y hay muchas otras distinciones menos teológicas, creando amplios conflictos entre cristianos. Así que cuando uno toma la teología o el credo como en centro del Cristianismo, es natural que allí inevitablemente haya una división de cristianos en denominaciones y sectas.

Inspiración de las Escrituras

Se podría pensar que con la Biblia como centro del Cristianismo, la unidad de los cristianos pudiera ser fácilmente realizable. Desafortunadamente no se ha podido probar que esto sea cierto, si bien podemos considerar afortunado que - como lo prueba esta inhabilidad de unificar - la letra de la Biblia no puede realmente reemplazar al Cristo viviente como el centro de nuestra fe.

La Biblia es la expresión de la vida y obra de Dios, y debido a que la "vida" es mayor que su manifestación, no puede ser completamente expresada en ninguna forma lógica o teológica. Por eso, la Biblia en sí misma no puede escapar de ser entendida de muchas formas diferentes. Y así vemos como en la sabiduría de Dios, es imposible en la práctica hacer de las Escrituras el fin o la autoridad final en sí misma, porque ellas solo expresan la autoridad de Dios a aquellos que viven en unidad con el Espíritu.

Por un lado, están los llamados-a-sí-mismos fundamentalistas quienes, aceptando la Biblia como la "infalible Palabra de Dios", creen que no hay un solo error en toda la Biblia, ni siquiera en una frase o forma de una palabra. Para ellos es - en el sentido más literal - la Palabra de Dios de tapa a contratapa, y su fe depende en última instancia de esta infalibilidad literal.

Por otro lado, hay liberales que tratan de comprometer las verdades Bíblicas con la ciencia. Negando lo espiritual en favor de lo racional, o adoptando los resultados de altos o bajos criticismos, éstos rechazan la inspiración de toda la Biblia.

Y aun hay otros que toman toda la Biblia como la Palabra de Dios como hacen los fundamentalistas, pero de una manera un poco diferente. Ellos creen que el espíritu actúa en las palabras escritas de los registros históricos para revelar la Palabra Viva. Ellos reconocen a la Biblia como el registro de la revelación de Dios de sí mismo a través de la historia, culminando en Cristo; un inspirado registro resultado de la actividad del Espíritu en los individuos que la escribieron. Parte del problema en aproximarse a la Biblia surge de su propia naturaleza, como ejemplo, la manera en la cual Dios vio como nos la iba a dar. Cuando los rayos del sol pasan a través de una lente, son refractados o difundidos de acuerdo a la calidad y forma de las lentes. Mientras el Espíritu de Dios obró sobre aquellos que escribieron las Escrituras, la Palabra de Dios fue naturalmente registrada en una forma "refractada" y "difusa" por las lentes de la naturaleza humana y antecedentes históricos de los escritores.

Así como el estudio de la calidad y forma de las lentes es necesario para conocer la naturaleza del rayo original que pasa a través de ellos, así para entender completamente la voluntad de Dios a través de los registros escritos, hay que estudiar las circunstancias históricas por las cuales Dios se reveló a sí mismo, y el carácter de aquellos por cuya instrumentalización Su palabra fue transmitida a nosotros. Tal vez Dios permitiera estas "limitaciones" de los registros escritos para que el conocimiento verdadero y el entendimiento intelectual de la Biblia no vinieran a ser una finalidad en sí mismos.

A cualquier costo, debemos dedicarnos a tales estudios y conocimiento, y buscar, en dependencia de la obra del Espíritu, llegar a una relación personal con Cristo, la Verdad misma, a través de la Biblia. Porque aparte de tanto la Palabra escrita y el avivamiento del espíritu, no hay real conocimiento de la viva palabra de Dios.

Interpretación de las Escrituras

Muchos han puesto gran énfasis en ciertos textos de la Biblia y han edificado sectas basados en esos pocos textos, dejando de lado el contexto y la enseñanza general de toda la Biblia. Por ejemplo, los grupos de "Santidad" tienden a enfatizar demasiado la doctrina de la santificación y, seleccionando algunos versículos que parecen enseñar esto, insisten que la entera y Perfecta santificación es alcanzable en esta vida. Los "Amigos", enfatizando la "luz interior" y la comunión del Espíritu, parecen rechazar aun tales doctrinas importantes como la redención por medio de la sangre de Cristo.

Como sea, en condenar tales extremos, debemos recordar que estos grupos deben haber tenido suficientes razones para su aparición, porque de la ortodoxia muerta, muchos Cristianos se extraviaron en sus vidas morales. Creyendo que Cristo fue juzgado en la cruz como nuestro sustituto, descuidan los resultados prácticos que siempre son resultado de creer esta verdad.

Otros, si bien no se pierden moralmente, sostienen los dogmas y credos del Cristianismo como una clase de diploma de colegio o universidad, o como un ticket al Reino de los Cielos. Si bien no tienen una comunión viva con el Señor, piensan que son la mejor clase de cristianos. Carecen del Espíritu que actúa dentro de él y son ortodoxos solamente en sus cabezas y no en sus corazones.

Tales condiciones entre las Iglesias dieron a luz a aquellos que enfatizan la santidad y la espiritualidad. Entonces, al no ser aceptados por todos los cristianos, hicieron de su doctrina su base para congregarse en un pequeño círculo que estuviera de acuerdo con ellos. Y así es como nacieron nuevas sectas, lo que a la larga tiende a dejar de lado otras verdades y las enseñanzas de la Biblia como un todo.

Son casi innumerables las sectas que han nacido de esta forma, y así el Cuerpo de Cristo se ha dividido en incontables secciones. No puede estar más claro que tales énfasis doctrinales son la primera causa del sectarismo.

Rituales y Ceremonias

La Iglesia Bautista se separó de otras iglesias debido a diferencias de opinión con respecto a la forma del bautismo. Otro grupo se dividió sobre si debían usar un órgano en sus cultos, porque la Biblia en ningún lugar nos dice que debemos usar órganos. Nuevamente, cierta secta surgió debido a la necesidad de que las mujeres cubrieran sus cabezas al orar (1 Cor. 11:2-6). Los Adventistas del Séptimo Día insisten en guardar la ley concerniente a comidas limpias e inmundas. Hay muchos casos en los que cuestiones muy triviales sobre ritos formales han dado lugar a nuevas sectas. Luego cada secta condena a las otras, a menudo tachándolas de heréticas.

Es muy desafortunado para el Japón y otras tierras "paganas" que muchas de estas sectas estén enviando misioneros para continuar estos conflictos aquí.

Conclusión

La Iglesia Protestante está tan dividida que el buscar su unidad parece casi imposible. Esto ha venido a suceder por entender mal el verdadero centro del Cristianismo y sustituir ya sea teología, o dogma, o credos, o la Biblia, o instituciones, o rituales, o ceremonias. Más aun, las divisiones fueron enfatizadas por la idea, heredada de la Iglesia Romana, de que solo un grupo tiene la fe ortodoxa y todos los demás deben ser perseguidos por estar en error. Y así, se malgasta mucho de la vigorosa actividad en refutar doctrinas de otras sectas y en tratar de sacar creyentes fuera de ellas para llevarlas a la propia secta de uno.

¿Dónde está la unidad de la Ekklesia? ¿Qué ha pasado con la unidad del Cuerpo de Cristo? ¿Por qué nosotros los Cristianos no reconocemos lo pecaminoso de esta situación y nos arrepentimos?

CAPITULO CUATRO

El Verdadero Centro del Cristianismo

Sumario

LA IGLESIA CATÓLICA ROMANA, por poner la institución – con el Papa como su cabeza – en el centro del Cristianismo, ha cesado de ser una expresión de la real Ekklesia. Esto dio lugar al Protestantismo, que a su vez puso la Biblia en el centro, si bien todavía retiene ampliamente el institucionalismo de la Iglesia Romana. Este nuevo centro probó estar fuera del centro y ha tenido como resultado la separación de los cristianos en muchas sectas incompletas y combatientes entre sí. Y así, los protestantes tampoco han realizado en la práctica la verdadera Ekklesia.

Algunos han reconocido recientemente la impotencia y el error del estado existente en las iglesias y están empeñados en remediar la situación reuniendo denominaciones divididas. Tratan de formar una alianza de todas las iglesias en una Iglesia ecuménica. Sin embargo, este movimiento, está también obviamente destinado al fracaso y el mismísimo esfuerzo de unir las iglesias parece que va a terminar de nuevo en la formación de otra gran secta o denominación. Digo esto porque las iglesias involucradas no están reestableciendo el verdadero centro del Cristianismo sino que más bien todavía están atrapadas en el espíritu sectario heredado del Catolicismo.

La Ekklesia (traducida "Iglesia" en la Biblia) es el Cuerpo de Cristo. Compuesto de muchos miembros, cada uno conectado directamente con la Cabeza en una unión vital Espiritual, y poseyendo diferentes dones y funciones; este Cuerpo es un organismo espiritual. Siendo una simple y corporal entidad espiritual – un Cuerpo – la Ekklesia nunca tuvo la intención de estar dividida y simplemente no puede vivir y funcionar propiamente en una condición dividida. Con todo, esta es la obvia condición prevaleciente en estos días.

¿Qué hay en el corazón de todo esto? ¿Qué está mal? ¿Dónde está la auténtica unidad del verdadero Cuerpo de Cristo? La respuesta es simple, aunque profunda. La confusión y desastre del sectarismo es resultado del error de ideas equivocadas y falsas sobre lo que es el centro o la naturaleza esencial de la Ekklesia.

El Verdadero Centro

El Centro del Cristianismo no es ni la institución ni la organización. Ni siquiera lo es la Biblia misma, como la hicieron los reformadores, porque la Ekklesia existió antes de la formación del canon del Nuevo Testamento. Los cristianos estuvieron en comunión con Dios y unos con los otros, centrando su fe en Cristo, mucho antes de que hubiera ningún Nuevo Testamento aceptado.

Hay un solo centro del Cristianismo, y este centro es unidad espiritual con Dios por medio de Cristo, vida-uniión con Dios en Cristo. Cuando allí hay *koinonía*, allí esta el Cuerpo de Cristo, la Ekklesia. Cuando no hay *koinonía* con Dios, allí no hay Ekklesia, porque falta la vida-uniión. Aunque haya muchos personajes clericales excelentes, muchas iglesias de elegantes edificios, muchos dogmas y credos eruditos, si no hay *koinonía* con Dios y Cristo, allí no puede haber Ekklesia para nada. Por otro lado, si allí existe esta *koinonía* con Dios y Cristo, la Ekklesia existe; no necesitamos prestar atención a diferencias de credos, instituciones y rituales, sino que amándonos unos a otros podemos ser uno en Cristo.

Toda la Escritura da Testimonio

Solo esta unión con Dios en Cristo puede ser el centro del Cristianismo. Las Escrituras confirman esto, porque esta comunión es el tema de toda la Biblia desde Génesis hasta Apocalipsis. Efectivamente. La relación entre el Padre y el Hijo en la eternidad fue sin duda exactamente esta comunión.

Juan nos dice que “en el principio era la Palabra, y la Palabra estaba con Dios”. Este “con”, el griego *pros* (y no *sun* o *meta* los cuales tienen otros énfasis) describiendo el estado de estar en la presencia de una persona, esta mejor expresado por “cara a cara con Dios” como lo traduce Williams. Así como el último Adán estuvo así desde el comienzo *pros* Dios, así el primer Adán fue creado para la misma posición de comunión, y estuvo “cara a cara” con Dios en el Jardín hasta que cayó.

Esto es la razón por la que Dios creó al hombre a su propia imagen. Si bien toda la creación era “muy buena” a sus ojos, con todo Dios se habría sentido muy solo al no encontrar a nadie entre todas las criaturas con quién El estuviera en condiciones de tener comunión. Todos los animales, pájaros y peces eran ciertamente muy hermosos, pero ellos no podían venir a Dios y hablar y caminar con El en el Jardín del Edén. Por eso, El creó al hombre a su propia imagen; capaces de hablar con El, encontrarse con El, orarle a El, y buscarle a El. Vivir con Dios y tener comunión fue el único objeto de haber sido creados a semejanza de Dios.

Esta comunión siempre debe ser el centro de la relación entre Dios y el hombre. Desde luego, el universo es hermoso en sí mismo, pero sin la existencia de los seres humanos, Dios nunca pudo estar satisfecho. Dios creó al hombre a su semejanza, un ser espiritual capaz de responder a Su amor y tener *koinonía* con El.

¡Dios es amor! Si allí no hubiera ninguna criatura que pudiera apreciar Su amor y responder en amor, Su creación fallaría en alcanzar su máxima consumación, aun cuando Adán fue sacado del Paraíso por Dios como resultado de su caída – la comunicación rota por el pecado – este juicio no fue destruir al hombre sino últimamente salvarlo de su estado caído y restaurar la comunión rota. Dios se reveló a sí mismo a Noé y a su familia para salvarlos del Diluvio. El eligió a Abraham y a sus descendientes como su pueblo elegido, disciplinándoles para prepararlos a tener comunión con sí mismo. Cuán a menudo Dios apareció a Abraham y habló con él, hasta que fue conocido como “el amigo de Dios”. Esto no es nada más que *koinonía*.

Dios continuó apareciendo al pueblo a quien El buscaba conocer: a Isaac, Jacob, Moisés y a los hijos de Israel. Conduciendo a Su pueblo fuera de Egipto a través del desierto de Sinaí, Dios a menudo se les aparecía mientras ellos viajaban a través del desierto. El los hizo construir el Tabernáculo, y después el Tabernáculo de David, y finalmente el Templo, para así disponer de terreno “justo” para comunión con ellos en los sacrificios.

De hecho, uno de los versículos más estratégicos en toda la Escritura es Levítico 26:11,12 donde el Señor dice a Israel: “Y pondré mi morada en medio de vosotros, y mi alma no os abominará; y

andaré entre vosotros, y yo seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo". Este versículo es citado por el apóstol Pablo en 2 Corintios 6:16 refiriéndose en última instancia al Cuerpo de Cristo y por el apóstol Juan en Apocalipsis 21:3 como siendo en definitiva, proféticamente cumplido en toda la llenura de su rico significado cuando la "Nueva Jerusalén" venga del Dios de los cielos, preparada como una esposa para su esposo.

Después Dios tuvo comunión, o *koinonía*, con David, y después con los profetas. De esta forma Dios continuó teniendo unión espiritual en la persona de estos hombres representativos. Sin embargo, Dios no estaba satisfecho de tener comunión con solo unos pocos seleccionados. Él quería estar unido en comunión espiritual con todo el pueblo de la tierra. Aun su elección de Israel como su pueblo elegido fue solo el primer paso preliminar a la salvación de toda la humanidad.

Para cumplir este propósito, Dios en última instancia envió a su único Hijo unigénito a la tierra: "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna". Jesús vino a ser "el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo", pagando la pena de la rebelión del hombre contra Dios, para hacer posible reestablecer la interrumpida comunión con su Creador. Y así, tenemos "libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo (Heb. 10:19).

La comunión entre Dios y el hombre, interrumpida por el pecado del primer Adán, fue reabierta por la redención comprada con la sangre del último Adán. Ahora cada uno puede tener directa *koinonía* con Dios y compartir Su misma vida; cada uno puede vivir una vida de amor y unidad con Cristo. Esto es realmente el centro del Cristianismo, y "fe" no es nada más que el estado de tener esta unión de vida con Dios. Estar justificados por fe significa que Dios ha tenido acceso al pecador arrepentido por medio de Cristo y así está habilitado para gozar esta *koinonía* con ellos. Si practicamos esta unión viva con Cristo, amándonos unos a otros sin ninguna preocupación acerca de sectas y denominaciones, doctrinas o formas, entonces tendremos el Cuerpo de Cristo con él como Cabeza. Esta es la Ekklesia en su sentido más puro y verdadero. Por eso, la Ekklesia no es una institución, ni un sistema, ni teología, ni las palabras de la Biblia, y ningún ritual o ceremonia. La Ekklesia existe donde hay esta viva unión con Dios por medio de Cristo.

CAPITULO CINCO

Entendiendo la Fe y la Verdadera Unidad

LA FE ES EL DON DE DIOS que produce en nosotros esta comunión con Dios en Cristo. No puede ser creada ni mantenida por esfuerzos humanos. Con el Espíritu de Dios gobernándonos directamente, nos amamos los unos a los otros y hacemos la obra de Dios por la obediencia. La fe no es sino otro nombre de comunión, la *koinonía* con Dios. En esta relación el poder de Dios obra a través de nosotros. Ningún credo o doctrina, ningún sacerdote o pastor, ninguna institución o ceremonia, es necesario en la actualidad. La única cosa requerida es que un hombre se arrepienta y venga a Cristo para el perdón de pecados y la nueva vida que Él gratuitamente da.

Cuando el Señor caminó en la tierra, Él alabó la "gran fe" de un centurión y censuró la "poca fe" de los discípulos. Él reconoció la fe de una mujer pecadora, de un leproso, de una mujer que sufría flujo de sangre, y de un hombre ciego por medio de decir "tu fe te ha salvado". En ninguno de estos casos aparecen involucradas doctrinas, instituciones, o ceremonias. Aquellos que simplemente confiaron por completo en el Señor mismo, fueron aceptados, sus pecados perdonados, y así fueron salvados. La única condición necesaria fue que ellos tuvieron personalmente fe en Cristo; que entablaron un contacto vivo con él. Donde hubo esta "fe", allí estuvo el comienzo de la Ekklesia, porque a través de esta *koinonía* ellos se volvieron uno con Cristo y él se convirtió en su Señor. En pocas palabras, el Cristianismo tiene su centro en Dios mismo, y en la comunión que el hombre tiene con Él. Esta comunión de Dios por medio del espíritu con los creyentes es la respuesta a la pregunta de qué es la fe, y de lo que es la verdadera Ekklesia.

Cuando este centralismo de Dios en comunión con el hombre por medio de Cristo se hace claro, nosotros de una buena vez vemos que todos los otros elementos, tales como una Iglesia institucional, la interpretación de la Biblia, varias doctrinas, la moralidad de los creyentes, o cualquier otro problema de diferentes denominaciones o sectas, no pueden ser el centro del Cristianismo. Cuando

esta revelación despusa, sabemos que no debemos juzgar a otros por ninguno de estos estándares, porque Cristo mismo nunca hizo de esto los estándares para juzgar a sus seguidores. El centro del Cristianismo es comunión con Dios. La Biblia en sí no es el centro. Es solo la inspirada descripción de esta verdad central, a través de la cual podemos venir al centro y tener comunión con El.

¡Oh, cuán importante es nuestra comunión con Dios! Esta *koinonía* es la esencia de la nueva vida que tenemos en Cristo. "Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí" (Jn 5:39).

La redención por la sangre de Cristo es, desde luego, el hecho más importante del Cristianismo, la base de toda *koinonía* con Dios. Todos saben como Pablo enfatizaba esta verdad, como también lo hizo Agustín, Lutero, Calvino, y cada uno de los grandes líderes espirituales a través de los años. Pero Dios nos amó y envió a su Hijo para ser la propiciación para nuestros pecados, "no solo para que creamos la doctrina de que nuestros pecados son perdonados por medio de la sangre, sino para que nosotros actualmente en la práctica tengamos 'seguridad y acceso con confianza por medio de la fe en él'" (Ef. 3:12; ver también 2:13,18; Heb. 10:20).

Tener acceso a Dios es el verdadero propósito de la redención, mientras que la propiciación por la sangre de Cristo es la base sobre la cual se nos permite acercarnos a Dios. Por eso, el propósito principal de Dios al enviar a su Hijo, así como la muerte de su Hijo en la cruz, fue permitirnos tener este acceso, este entrar en comunión con Dios. Sabemos cómo Dios nos ama, porque dio a su Hijo para salvarnos (1 Jn 3:16; 4:10). Sin la cruz de Jesús estaríamos incapacitados para conocer el amor de Dios o ser salvos de la maldición del pecado. Pero el solo saber que Dios nos ama no es suficiente. Debemos realmente venir a su presencia y experimentar *koinonía* con Dios.

Aquel que reconoce la doctrina de la redención no necesariamente experimenta la comunión que ella permite, pero todos los que tienen comunión con Dios con seguridad también confían en que él perdonó nuestros pecados a través de la muerte redentora de su Hijo. Esta relación de experimentar comunión con él es lo que Dios realmente quiere del hombre, porque este fue el propósito al crearnos.

Por eso, el meramente entender o confesar la doctrina de la redención es solo encontrar el pasaje por medio del cual acercarnos a Dios. Esos que se han detenido allí todavía no han venido a esta vida-unión con Cristo y están en peligro de una ortodoxia muerta. ¡Cuán llenas están las iglesias de esta clase de "fe"! Debido a esto debemos tener cuidado de evitar el hacer de la doctrina el centro en vez de la vida. Hay muchos Cristianos quienes, si bien por alguna razón u otra no se suscriben a algunas declaraciones de la doctrina de la redención por la sangre de Cristo, todavía están parados muy cerca de Dios y le obedecen de corazón. Tal vez Alberto Schweitzer y Karl Hilty son ejemplos de esto. Si yo hubiese nacido en un país donde tanta ortodoxia muerta prevalece, yo también hubiese sido repelido por tal doctrina de redención profesada sin un correspondiente cambio práctico de vida.

El confesar fe en la resurrección es una cosa y tener comunión con el Señor resucitado es otra; creer en la doctrina de la segunda venida es una cosa, y esperar por el regreso de Cristo es otra. Porque así como el hecho de que la resurrección de Cristo nos da la fe que ve a Dios cara a cara, así la venida de nuevo de Cristo nos da esperanza que "seremos arrebatados juntamente... para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor". En todas estas doctrinas, la *koinonía* con Dios es el máximo objetivo esperado, y todos los variados dogmas sirven solo como cauces que llevan a esta corriente principal.

Koinonía versus Institucionalismo

Cuando el pueblo de Dios verdaderamente ve que el centro del Cristianismo es comunión con Dios, y que esa comunión se realiza por medio de Jesucristo, entonces ellos verán las verdaderas causas de las divisiones en las iglesias, y comprenderán la forma de deshacerse de ellas. La primera causa de estas divisiones es el institucionalismo y las organizaciones de las iglesias y misiones, quienes en vez de ayudar la vida de los creyentes en ellas, las sofocan o las quitan. Esto gradualmente produce meras instituciones muertas en vez de una Ekklesia viva.

Aquellos cristianos que realmente tienen vida en Cristo no pueden existir dentro de tal cadáver, y frecuentemente al final salen fuera de eso. Pero, triste es decirlo, en la mayoría de los casos esos que

salen de instituciones muertas simplemente se predisponen a construir otra institución “mejor” o abrazan otros rituales y ceremonias, y así repiten el mismo error. En vez de volverse a Cristo mismo como su centro, de nuevo ellos buscan encontrar comunión y seguridad espiritual sobre el mismo y fallido fundamento.

Aun la misma Biblia es interpretada y entendida de varias formas y a menudo viene a ser la causa de sectarismos. De la misma forma, tampoco los dogmas y credos pueden traer unidad Cristiana, porque las mentes humanas no son tan uniformemente creadas de modo que puedan unirse en un simple dogma o credo. Aun nuestro entendimiento de Cristo mismo no puede ser la base de la unidad, porque él es muy grande para ser entendido por una sola persona o grupo. Nuestro limitado entendimiento no siempre coincide. Uno enfatiza este punto acerca de Cristo, otro aquel, y esto de nuevo viene a ser causa de división.

Solo cuando tomemos nuestra comunión con Cristo como el centro de la fe Cristiana, todos los Cristianos se darán cuenta de que son uno. Hay diferentes entendimientos de Cristo. Hay variadas opiniones acerca de la Biblia y de sus enseñanzas. Hay varias clases de instituciones y ceremonias. Pero esta necesidad no obstruye el poder practicar la unidad del Cuerpo de Cristo. ¿No es nuestra comunión, aunque varíe con el mismo Señor? ¿No es el mismo Salvador nuestra única Cabeza?

Nuestra comunión con Dios en Cristo es, como hemos visto, el único propósito de Dios en crear al hombre. En la plenitud está su “propósito eterno” – lo máximo – y él no puede descansar hasta que esto se cumpla, sin importar lo grande que sea el costo para él debido al pecado del hombre.

Siento que todos los Cristianos son conscientes de que esta *koinonía* es muy importante, pero obviamente ellos no se han dado cuenta que eso – no doctrinas teológicas, credo, institución, ceremonia, etc. – es el centro de la fe Cristiana. Cuando todos los cristianos vean esto, el cambio va a ser sorprendente. Nuestras prácticas, desde luego, no serán las mismas, porque los mandamientos de Dios difieren de acuerdo a los diferentes dones y llamamientos. Pero aunque cada uno pueda diferir en llevar a cabo esta parte de la voluntad de Dios, debido a que el objetivo de Dios es uno, todos los miembros de la Ekklesia estarán unidos en hacer la voluntad del mismo Dios, cumpliendo un gran propósito. Cada individuo, por medio de hacer su parte, contribuirá a la obra de Dios en cooperación con otros.

Dios es el gran Director, y los miembros individuales de esta orquesta cada uno ejecuta su variada parte con diferentes instrumentos; pero si todos siguen al Director, toda la composición será una completa y hermosa sinfonía en perfecta armonía.

El movimiento ecuménico, el cual ha venido a ser muy popular recientemente, parece haber surgido de la creencia de que la división de los cristianos en muchas sectas y denominaciones ha debilitado grandemente su poder e hizo casi imposible pelear contra fuerzas mundanas, especialmente el comunismo. Esto es verdad conforme lo vemos, pero debemos recordar que la unidad de los cristianos no es un asunto de esfuerzo humano o cooperación. La verdadera unidad debe venir solamente de Dios, y cuando hay verdadera comunión con Dios, eso vendrá naturalmente de él mismo. El poder de los cristianos no viene de cooperación humana sino de una vida-unió n con Dios. Es el poder de Dios obrando en el hombre. Por eso, un Cuerpo no puede ser creado por colaboración humana. Existe simplemente removiendo las barreras y teniendo comunión con Dios, una realidad que prevalece entre aquellos que lo obedecen y se aman unos a otros. Ningún otro método meramente humano lo conseguirá. “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo”. Esta es la ley y los profetas, y también el Evangelio.

¿Cómo podemos saber?

Si el centro de la fe Cristiana realmente es comunión con Dios, y si solo aquellos que tienen esta comunión son Cristianos y aquellos que no, no lo son, sin importar su cargo o de que instituciones son miembros, entonces surge naturalmente un serio y dificultoso problema. Algunos dirán, “¿Cómo podemos saber si alguien es cristiano o no?” Bueno, en el análisis final, realmente no podemos saber con seguridad si otro es cristiano o no. Este conocimiento solo pertenece a Dios, quien solo él puede

juzgar el corazón del hombre. Ningún ser humano puede juzgar la fe de otro sin caer en prejuicio y error.

Por muchos siglos la distinción entre creyentes e incrédulos se hizo por su receptividad al bautismo y a la Santa Cena. Con todo, ¿quien puede negar lo inadecuado de estas medidas? Todos saben que hay muchos bautizados no-Cristianos y muchos cristianos no-bautizados. La confesión de credos y doctrinas es también un criterio muy inadecuado para reconocer a los cristianos, porque estas confesiones pueden ser hechas sin la experiencia del nuevo nacimiento.

Actualmente hemos creado un problema que no debía de existir, porque ninguna decisión final sobre la fe de una persona, o ninguna medida por la cual ser juzgado, es necesaria para tener la simple comunión entre Cristianos que Dios desea. Tales líneas de límites y distinciones hechas por el hombre solo son necesarias para las organizaciones e instituciones.

Sin embargo, una vez que dejamos de lado la necesidad de un juicio objetivo, podemos en la práctica actual, si bien imperfectamente, todavía decir si uno es o no cristiano. La base más importante para tal reconocimiento es, desde luego, si él confiesa que Cristo es el Señor, con la sinceridad de una vida que demuestra su Señorío. Allí va a estar la realidad de amar a Dios y a los hombres en una experiencia práctica. Es un hecho lamentable que haya tan poco amor entre los miles que pertenecen a las diferentes iglesias y sectas. Esto nos hace dudar si estos son realmente Cristianos, porque "El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor (1 Jn. 4:8).

Conclusión

Resumiendo, yo creo que Dios se está moviendo para revelar a todos los Cristianos cual es el verdadero centro de la fe Cristiana, y que la inevitable unidad espiritual que ciertamente resultará será uno de los mayores pasos hacia el cumplimiento del propósito pleno de Dios, su "propósito eterno". Todos los Cristianos son un Cuerpo en Cristo, no podemos crear esto, sino solo reconocerlo. Sin embargo, debemos reconocerlo y entonces practicarlo sin temor, dejando de lado nuestras diferencias en doctrinas, formas e interpretaciones de la Biblia. Debemos recibirnos unos a otros en la base de una comunión mutua con Dios viviendo esa unión con Cristo en el Espíritu. Esta es la esencia de la verdadera Ekklesia, y en tal libertad de comunión la verdad con seguridad triunfará.

Por el contrario, si ponemos nuestros énfasis en otros asuntos, como ha sido usualmente el caso en las iglesias desde la Reforma, los grandes errores de las Iglesias Romana y Protestante solo van a continuar. División tras división anularán todos los esfuerzos para perfeccionar la Iglesia, y ciertamente cualquier intento de formar una Iglesia ecuménica resultará en vano.

Simplemente debemos volver a este punto central, porque de ninguna otra manera podremos practicar la unidad del Cuerpo de Cristo. Me doy cuenta que para aquellos que están acostumbrados a la vida organizacional de las iglesias, este principio parece muy vago e impráctico, pero si hacen la prueba y realmente viven la vida de comunión con Dios, practicando la comunión con todos los Cristianos sobre esta base, ellos pronto van a experimentar la realidad de eso. Aquellos que han experimentado una medida real de esta *koinonía* con Dios y los hombres, desde los tiempos apostólicos hasta la fecha, saben que este es el verdadero y práctico centro del Cristianismo, y que solo aquí está el camino a la unidad de todos los cristianos en la Ekklesia de Cristo.

CAPITULO SEIS

El Único Camino a la Unidad

Sumario

EN EL ULTIMO CAPITULO nos hemos dedicado a señalar el centro del Cristianismo. Vimos que este centro es comunión espiritual (*koinonía*) con Dios por medio de Cristo. Donde hay *koinonía* allí esta el Cuerpo de Cristo, la Ekklesia. Donde no hay esto, no hay Ekklesia.

Hemos mostrado que esto está claramente confirmado en las Escrituras, esta comunión es el tema de toda la Biblia desde Génesis hasta Apocalipsis. En todas las doctrinas *koinonía* con Dios es el máximo objetivo a ser alcanzado, las doctrinas son solo el cauce para llegar a esta corriente principal.

Cuando allí hay verdadera comunión con Dios, la verdadera unidad vendrá sola por sí misma, si es que no se levantan barreras hechas por el hombre. Por eso, debemos recibirnos unos a otros sobre la base de una comunión mutua con Dios en unión viva con Cristo; esta es la esencia de la verdadera Ekklesia y solo aquí está el camino a la unidad de todos los Cristianos.

La Cuestión Doctrinal

La conclusión de que la comunión con Cristo es el centro del Cristianismo puede dar lugar a un problema en la mente de algunos Cristianos con respecto al lugar de las doctrinas del Cristianismo. Por ejemplo, tome la doctrina de la Cruz de Jesús, o de la salvación por la sangre de Cristo. Algunos dirán: "¿No se está ignorando la importante doctrina de la salvación a través de la Cruz?", o "¿Puede alguien ser salvo sin la redención de la sangre?" Debido a que esta doctrina fue el fundamento de la Reforma, tales cuestionamientos son naturales y justificables. Con todo, yo creo que los siguientes puntos, cuando nos demos plenamente cuenta de ellos, aclararán estas cuestiones.

Primero, la fe, como la Escritura nos presenta, no es fe en esta o aquella doctrina, sino fe en la persona del Cristo crucificado y resucitado. Y tal fe en el Señor Jesús no es otra sino esta comunión con él, por medio del Espíritu que mora en los creyentes. No es solo una convicción sino una relación establecida.

La muerte de Jesucristo fue la base esencial para el perdón de los pecados, porque "sin derramamiento de sangre no hay perdón de pecados" (Heb. 9:22). Pero la necesidad de la muerte de Cristo como pago por nuestros pecados era la preocupación de Dios, "con la mira de manifestar... que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús" (Rom. 3:26).

A través de la historia el hombre tuvo fe en el Dios-Salvador antes que él revelara completamente cómo cumpliría la salvación que ofrecía. Abraham fue justificado por la fe, los Israelitas expresaron su fe en Jehová a través de las ceremonias que él prescribió, Jesús otorgó perdón a muchos pecadores antes que él muriera; en todos estos casos y muchos otros, la muerte expiatoria de Cristo fue indudablemente entendida en la mente de Dios como la base del perdón. Pero aquellos cuyos pecados fueron perdonados estaban confiando en el Redentor mismo, sin saber algunos métodos o teorías sobre la redención.

Fe es comunión con Dios en Cristo sobre la base de la redención comprada con sangre. No es conocimiento o aceptación de esa doctrina.

Es cierto que solo a través de la enseñanza de la muerte de Cristo como el gran precio de nuestra redención, nosotros venimos a entender la inconmensurable profundidad del amor de Dios por nosotros. Cuanto más profundamente nos damos cuenta de su amor, más firme será nuestra convicción de que nuestros pecados fueron perdonados, y más grande será nuestro amor hacia Dios y más íntima será nuestra comunión con él. Conociendo a Dios, que es amor, naturalmente expresaremos su amor a otros en términos de nuestra experiencia de la redención a través de su sangre derramada.

Pero hay muchos cuya conciencia de pecado no es aun lo suficientemente profunda para apreciar esta doctrina de la redención, o cuyos antecedentes hacen que esto sea difícil de entenderla completamente. También, puede que haya algunos que hayan sido dañados por la ortodoxia muerta de aquellos quienes, profesando creer esta doctrina, viven una vida poco diferente de aquellos que no tienen fe.

La muerte de Cristo es necesaria para el perdón de los pecados, pero nuestra comprensión de eso no es necesariamente una condición para la salvación.

En el juicio final el Juez no va a estar tan preocupado sobre la confesión doctrinal de aquellos en su presencia, sino sobre si se han sometido a Cristo o no y obedecido su voluntad. Jesús enseñó que

muchos que están confiando en sus correctas declaraciones doctrinales o su profunda obra evangélica se encontrarán absolutamente rechazados: “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad” (Mat. 7:21-23).

Para el Juez de vivos y muertos, el entendimiento teológico y la exactitud doctrinal no van a tener importancia; su obediente corazón va a rebelar si es que realmente tuvieron fe en Dios. El Señor juzgará al hombre solamente por lo que son e hicieron, no por lo que supieron o confesaron, excepto por lo que la confesión revele del corazón.

La sangre derramada de Cristo es el medio a través del cual cada verdadero cristiano viene a una comunión de unión viva con Dios. Pero algunos pueden depender de este medio sin entender el significado de eso. Ellos pueden confiar en “Aquel que salva” sin comprender todo lo que él hace en la obra de salvación. Comunión con Dios es posible para todos los que, arrepintiéndose de sus pecados y sometiendo a su Señorío, vienen a él. Esta comunión – *koinonía* – es lo que se busca, mientras que la redención a través de la sangre de Cristo es el medio de obtenerla.

Si la doctrina se toma como el centro, se vuelve a la causa de las divisiones, porque hace a uno propenso a juzgar la fe de otro por el conocimiento propio de cada uno. Dios dio a su hijo en la Cruz, no para hacer de su redención – o del entendimiento de ella – una condición de salvación, sino para que sea la base de la salvación, la cual es comunión viva consigo mismo. El Señor Jesús derramó su sangre no para levantar una barrera a la comunión con Dios, sino para abrir el camino a esa comunión.

Ahora, si la doctrina fundamental de la Redención no se pone como el centro de la fe Cristiana, cuánto menos todos los otros asuntos teológicos. No es que estas doctrinas no sean importantes. Por el contrario. Es un asunto de mal uso. Efectivamente, si las doctrinas no se usasen tan mal, casi todas las causas de división y sectarismo serían eliminadas.

Las iglesias organizacionales, con sus doctrinas y ceremonias, pueden ser comparadas a una casa y sus decoraciones. Son útiles solo si ayudan a las actividades del Espíritu en la Ekklesia. Pero la historia del Cristianismo está llena de ejemplos que muestran que ellas generalmente perjudican la obra de Dios y tienden a estrangular la vida de Cristo con restricciones externas, escondiendo la verdadera Ekklesia y su Cabeza. Sin embargo, si ponemos la comunión con Dios en el centro, todos estos errores y divisiones pueden ser evitados.

Israel y Jesucristo

En el Antiguo Testamento, Dios continuamente enseñó a Israel que debía separarse de las otras naciones, porque ellos eran el tesoro peculiar de Dios, elegidos por Jehová y exaltados por sobre todas las otras naciones.⁵ Debido a eso, no solo se le prohibió a Israel a adorar otros dioses e ídolos, sino que Dios los hizo un pueblo separado por medio de prohibirles que se casaran con gente de otras naciones, por medio de ordenarles a circuncidar a todo varón y por varias otras regulaciones sociales y dietéticas.

Esto parece ser la más estricta clase de sectarismo, y no podemos negar que una mala comprensión de este exclusivismo ha tenido mucha influencia en el Cristianismo. Ciertamente lo tuvo en los judíos antes que en nosotros, y Cristo estuvo decididamente en contra de este espíritu de orgullo en Israel.

Oigan a Juan el Bautista: “...y no penséis decir dentro de vosotros mismos: A Abraham tenemos por padre; porque yo os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras” (Mat. 3:9) En otra ocasión Jesús dijo: “Y os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos; mas los hijos del reino serán echados a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes” (Mat. 8:11,12). Entonces, en Juan 10:16

⁵ Ver Exodo 19:5,6; Dt. 4:20; 9:29; 14:2; 26: 19.

oímos: “También tengo otras ovejas que no son de este redil; aquéllas también debo traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño, y un pastor”.

Es claro de estas y otras declaraciones que Cristo odiaba el espíritu sectario y el orgullo nacional. La separación de Israel de otras naciones no significaba que ellos debían jactarse sobre otros, sino que ellos debían acercarse a Dios y ser enseñados cómo debían vivir ante él sin ser contaminados por el espíritu del mundo que los rodeaba. El propósito en esto no era que ellos debieran gloriarse en su existencia nacional y desdeñar a otros, sino que en Sus bendiciones – como un ejemplo – ellos pudieran mostrar a todas las otras naciones al único Dios vivo y verdadero.

Jesús a menudo condenó a los Fariseos con severas palabras. Pero en ningún caso los culpó por pertenecer a la secta de los Fariseos, sino por sus formalismos y legalismos. El no dudó en tener una amigable conversación con Nicodemo o cenar y hablar con Simón y otros fariseos. El los condenaba no porque pertenecieran a la secta de los Fariseos, sino porque ellos estaban orgullosos de tener toda la verdad de Dios de forma exclusiva. Era el sectarismo lo que Jesús odiaba. El asunto era si ellos eran fieles y sinceros, no si ellos pertenecían a la secta de los Fariseos.

Jesús advirtió a sus discípulos contra este espíritu sectario. En Lucas 9:49,50, Juan dijo: “Maestro, hemos visto a uno que echaba fuera demonios en tu nombre; y se lo prohibimos, porque no sigue con nosotros. Jesús le dijo: No se lo prohibáis; porque el que no es contra nosotros, por nosotros es”. Juan quería que los discípulos monopolizaran la verdad entre ellos mismos y excluyeran a aquellos que no pertenecían a su grupo. Este sectarismo que Jesús condenaba, es el espíritu que dominó a la Iglesia Romana y fue heredado por los protestantes.

Jesús insistió en que los hombres tuvieran fe en Él, que lo amaran y tuvieran *koinonía* con él. “El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama... Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí.” En tales declaraciones como estas, Jesús puso en claro que solo él es el único y perfecto camino a la salvación, y fuera de él no hay salvación (compare Hch. 4:12).

Pero esta actitud de Jesús no puede ser llamada una actitud sectaria. El estaba haciendo la distinción esencial entre aquellos que eran de Dios y los que no lo eran, no una distinción sectaria entre aquellos que eran de Dios. Sectarios son aquellos que hacen de la comunión con Cristo su privilegio exclusivo. No están satisfechos de pertenecer a Jesús, sino que quieren que Jesús les pertenezca a ellos.

Jesús no condenó a los Fariseos por no pertenecer a su grupo, sino por su hipocresía, falsedad, y falta de amor. El quería que todos los hombres vinieran a él y que tuvieran *koinonía* con él, pero él no intentó que esos que viniesen tuvieran un grupo exclusivo alrededor suyo. El eligió doce discípulos para predicar el Reino de Dios, no para crear una secta.

El nunca halagó a la gente de poder, tales como Nicodemo y José de Arimatea, seduciéndoles a unirse a su grupo y ayudarlo. Si él se hubiese comprometido con los Fariseos, probablemente podría haber conseguido influencia terrenal fácilmente. El hecho de que él nunca hizo tales cosas no fue simplemente porque quiso hacer de sus seguidores gente honesta y sincera, sino porque él estaba comunicando Vida, y edificando un reino no de este mundo o de acuerdo a los principios del mundo.

Jesús nunca pensó en crear una organización o grupo formal alrededor de sí mismo, ni tampoco enseñó a los discípulos a formar tal grupo organizado. Todo estaba dependiendo del espíritu, que estaba uniendo al hombre con Dios por medio de su fe. Cuán diferente era Jesús de aquellos sectarios que como los Escribas y Fariseos, recorrían mar y tierra para añadir un miembro a su grupo, solo para hacerlo dos veces más un hijo del infierno que ellos mismos (Mat. 23:25).

Todo lo que Cristo quería era fe en él mismo. El no tenía interés en ninguna organización institucional con oficinas y leyes terrenales. Tampoco él dio ningunos dogmas o credos que pudieran ser usados para distinguir a los creyentes de los incrédulos. Cuando él alabó la fe de la gente, no fue debido a su teología ortodoxa, o por el hecho de que ellos pertenecieran a alguna organización, sino por el hecho de su simple fe en su persona.

Tal fe simple en la persona misma de Jesucristo, aparte de ninguna instrucción doctrinal o entendimiento teológico, está ejemplificada por el centurión de Capernaum, la mujer con flujo de sangre, uno de los leprosos de Samaria, el mendigo ciego de Jericó, y la mujer de Canaán⁶. Jesús quiere que tengamos la misma fe simple en él. Esta fe, con su consecuente vida en el Espíritu, forma la unión vital con Dios y constituye en sí mismo el Cuerpo de Cristo.

CAPITULO SIETE

Pablo, Juan y Pedro

Pablo

NADIE PUEDE CUESTIONAR el hecho de que Pablo tuvo la visión más profunda dentro de la naturaleza de la Ekklesia. El enseñó que Cristo es la cabeza de la Ekklesia y nosotros los creyentes, estando unidos a él como miembros, somos debido a eso un Cuerpo, Su Cuerpo⁷. Cuando creemos, estamos unidos a Cristo por el Espíritu. Solo por fe estamos en su Cuerpo. Y por "fe" Pablo quiere decir la misma cosa que Jesús mismo, o sea, incondicionalmente con Cristo y koinonía con él. El dejó esto claro citando a Abraham como el gran ejemplo de fe, si bien Abraham no tuvo ninguna "doctrina" de la redención. Sin esta fe viva, esta vida-unión con Jesucristo, no somos cristianos aunque técnicamente creamos todas las doctrinas de la Biblia, seamos bautizados cien veces, o seamos miembros de una magnificente institución que tenga renombre mundial.

Entonces Pablo insiste repetidamente que los creyentes en Cristo deben ser de un mismo sentir y vivir en armonía los unos con los otros⁸. El señalaba que así como los variados miembros del cuerpo físico son muy diferentes, también los dones y funciones de los cristianos son tan diferentes que pueden tener cierta dificultad en creer que otros miembros estén unidos a la misma Cabeza y compongan el mismo Cuerpo.

Y así Pablo advierte al "oído" que no diga al "ojo" que no pertenece al cuerpo, solo porque no es igual al oído. Y asimismo advierte a la mano para que no diga al pie que no hay necesidad de pie (1 Cor. 12:21). Todos los miembros con sus diferentes dones y funciones deben actuar en armonía, porque cada uno está unido a Cristo, la Cabeza.

Es cierto que Pablo era muy rápido en condenar cualquier interferencia con los puntos fundamentales del Evangelio. Pero esto no era debido a tecnicismos o intereses sectarios, sino debido a que la cuestión vital de unión con Cristo estaba en peligro. Si, por ejemplo, alguno cuestionaba la resurrección de Cristo, Pablo se levantaba a batallar. ¿Por qué? Porque unión con un muerto no puede crear vida. Vivimos en Cristo porque él vive su vida resucitada.

Pero en asuntos de secundaria importancia, Pablo nos enseñaba a ser muy tolerantes con los las diferencias de opiniones. El da perfecta libertad, a menudo siendo bastante difícil señalar quien él piensa que está en lo correcto.

Tome por ejemplo el asunto sobre si uno debe comer solo vegetales o todo, o si debe o no estimar un día más importante que otro (Rom. 14). El enseña que nadie debe juzgar al siervo de otro (Ej.: de Dios), sino más bien ver en su propio corazón y vida, y ver de no ser piedra de tropiezo o impedimento en la vida de un hermano. Dejando asuntos sin importancia como la responsabilidad personal de cada creyente ante Dios, debemos vivir en armonía los unos con los otros en el amor de Cristo, y juntos, a una sola voz, glorificar al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo (Rom. 14:5,6; 1 Cor. 1:10).

Se dice de Pablo que fue el primer teólogo del Cristianismo. Esto es correcto en cierto sentido, pero no en el sentido moderno de la palabra. El explica el Evangelio bastante claro y sistemáticamente debido a su experiencia y revelación, pero él nunca pensó en establecer un sistema de dogma por el cual

⁶ Lucas 7:9; 8:48; 17:19; Mat. 15:28.

⁷ Efesios 5:23; Col. 1:18; 1 Cor. 12:1-31.

⁸ Rom. 12:16; 15:5,6; Fil. 2:2; 4:2; 2 Cor. 13:11

juzgar si alguien es cristiano o no. El solo deseaba llevar pecadores a Dios por medio de Cristo, y así trataba de explicar los grandes principios de la gracia de Dios al habernos dado a su Hijo unigénito.

Pablo proclamaba que a través de la muerte de Cristo en nuestro lugar, podemos estar de pie ante Dios. Siendo justificados por fe, el afirmaba que tenemos paz para con Dios por medio de Jesucristo, y así tener acceso a toda su gracia. Así Pablo nos llevaba al Dios viviente y a su Hijo Jesucristo por el Espíritu, y no a una vida muerta de dogmas teológicos creados de nuestro entendimiento humano. Lo importante es venir a una unión con Dios por medio de Jesucristo nuestro Señor, no venir a entender o profesar ninguna de las expresiones personales de Pablo sobre la verdad. "la letra mata, mas el Espíritu vivifica". Pablo insistía, así como lo hizo el Señor⁹, que los hombres que se convierten esclavos de los términos literales de la Biblia mueren antes que tener vida. Cuanto más van a permanecer muertos cuando ellos quedan atados dentro de las paredes de una institución, dogma, o regulación.

Juan

En el caso de Juan, el punto es aun más claro. Para él no había salvación excepto a través de la fe en Jesucristo¹⁰. Juan hace una clara distinción entre aquellos que creen el Jesucristo y aquellos que no. De acuerdo a Juan, creer es estar en El. "...yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros" (14:20). "¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí?" (14:10). En muchas expresiones como estas Juan pone gran énfasis sobre la *koinonía*, o el encontrarse con Dios y Cristo.

Juan no nos dio ningún sistema de doctrinas sobre cuestiones teológicas, mucho menos ninguna clase de dogmas. Sus escritos son tan diferentes de las sistemáticas y lógicas enseñanzas de Pablo, que uno a menudo se pierde en encontrar el asunto principal de discusión o cómo es que Juan desarrollará su argumento. El parece que siempre está dedicado a describir simplemente la "Vida de Dios y en Dios", en su forma viviente, para aferrar la Vida mientras ésta está obrando.

La vida en Cristo es una experiencia constante de Cristo y no una teoría o un dogma.

Mientras yo estaba compilando la concordancia Griego-Japonés, encontré un hecho muy interesante sobre los escritos Juaninos. El sustantivo "fe" *pistis* solo se encontraba cuatro veces en Apocalipsis y una vez en 1ª de Juan. Pero Juan usa el verbo "creer" *pisteuo* abundantemente. En su Evangelio el lo usa tres veces más a menudo que todos los Evangelios Sinópticos juntos.

Juan tampoco usa la palabra "orar" u "oración" en sus escritos (excepto cuando la palabra *erwtaw* que realmente significa "preguntar" es traducida orar). Yo no pienso que esto haya sido un accidente. Juan veía la "fe", no como un concepto formal para ser formulado en alguna expresión teológica o dogma, sino siempre como una experiencia viva y emocionante, más ajustadamente expresada con un verbo.

Juan estaba interesado solo en Cristo, el objeto de la fe, no en la "fe" como una cosa en sí misma. Para Juan, la vida de un cristiano era una vida con Dios en Cristo. Orar es hablar con Dios y nunca puede ser hecha aparte de la *koinonía* con él. Ya que *koinonía* es comunión con Dios, la vida de *koinonía* es en sí misma una vida de oración. Cuando Juan no usó la palabra "orar" u "oración", no quiso decir que no debe haber tal cosa en la vida Cristiana. Por el contrario. La vida Cristiana misma no debe ser otra cosa que oración, o una vida en oración.

De la misma forma, si bien Juan nunca usó la palabra *Ekklesia*, excepto en Apocalipsis, él claramente entendió su verdadero significado. El creyente comparte la vida de Cristo como una parte viva de Cristo mismo así como las ramas comparten la vida del tronco. Esto significa, tal como lo enseñó Pablo, que Cristo es la Cabeza y la *Ekklesia* es su Cuerpo.

En 1ª de Juan 1:3, Juan señala que la vida de comunión con Cristo y el Padre es una vida de comunión del uno con el otro. Solo en la vida que ama a otros mora Dios (1ª Jn 4:12,16). El declara firmemente que solo aquellos que tienen al Hijo tienen la vida y aquel que tiene esta vida vive en una

⁹ 2 Cor 3:6; Jn 6:63

¹⁰ Jn 1:12-18; 3:16-18; 10:9; 14:6; 1 Jn 5:5

relación de amor con otros Cristianos (1 Jn 3:14). Así, es indiscutible que Juan, si bien entendió la verdadera Ekklesia, nunca concibió una iglesia institucional o una unión de cristianos en ninguna otra forma que no fuera en la vida.

Pedro

Pedro no dice gran cosa acerca de la Ekklesia. Sin embargo, una minuciosa lectura de sus epístolas revela los mismos principios que hemos visto en los escritos de Pablo y Juan. El exhorta a los creyentes a ser santos en su vivir – ambos, tanto como Cristianos como a compatriotas de una patria celestial – a tener un mismo sentir, teniendo compasión y humildad y a amarse los unos a los otros con corazones sinceros. (1 Pe. 1:16,22; 3:8). Este era para Pedro el principio básico de la unidad de la Ekklesia – la casa espiritual hecha con piedras vivas en donde Cristo mismo era la piedra principal (1 Pe. 2:4-7). El no tenía ninguna idea de establecer una iglesia organizada sobre Cristo como fundamento.

Lo anterior han sido solo unas resumidas referencias sobre el concepto de la Ekklesia tal y como fue enseñado en las Santas Escrituras. Si usted estudia más, encontrará que los principios se encuentran por toda la Biblia. No hay ninguna idea de institución, o autoridad legal o cargos, ni un sacramentalismo definido, por lo menos que tenga una importancia central.

CAPITULO OCHO

La Naturaleza Esencial de la Iglesia

LA EKKLESIA ES EL CUERPO DE Cristo Y SU Cabeza es Cristo mismo. Este Cuerpo es un organismo vivo. La Cabeza y los miembros y la cabeza están conectados actualmente, y debido a esta conexión, hay verdadera comunión con Cristo, cada miembro amándolo de corazón, mente, y espíritu.

Esta comunión es fe en su sentido más puro. Tener fe es confiar en Cristo, la Persona con el corazón puro. No es el entendimiento de la mente, ni una opinión teológica, ni credo, ni organización, ni ritual. Es la koinonía, o comunión, de toda la personalidad con Dios y Cristo, lo cual es en sí mismo la continuación de la real actitud de dependencia en el Salvador, lo cual llamamos fe.

Donde hay esta comunión allí está la Ekklesia, porque allí está el verdadero Cuerpo de Cristo. Donde no hay esta comunión, allí no hay Ekklesia, si bien puede haber bautismo, Santa Cena, instituciones, cargos en la iglesia, buenas obras o cualquier otra cosa. Las actividades y disposiciones humanas no pueden hacer o formar la Ekklesia, y ella no existe fuera de la comunión de los cristianos con Cristo.

Distinguiendo a los Cristianos

Debido a que es una relación espiritual, la comunión con Dios y Cristo no puede ser vista con ojos humanos. Si embargo, la realidad de esta relación se revela en la vida del creyente por esta confesión de fe en Jesucristo, por su amor Cristiano hacia otros y por la obediencia a Dios demostrada en su conducta. También, cuando uno es verdaderamente un cristiano, es sensible a esta fe-comunión con otros cristianos y esto resulta en el crecimiento de la amistad Cristiana.

Si pudiésemos saber concluyentemente si uno es o no cristiano simplemente por si es o no bautizado, sería muy conveniente. Pero desafortunadamente, como es muy obvio aquí en Japón, las iglesias están impacientes de hacer miembros bautizados, a menudo tratando de inducir, algunas veces hasta de obligar, a que los buscadores del Evangelio se bauticen. La consecuencia de este bautismo prematuro es que muchos de ellos se apartan después, ni siquiera atendiendo a las reuniones de la iglesia, mucho menos evidenciando una fe real. Nadie diría que esta gente son cristianos porque alguna vez se bautizaron.

Entonces, ¿es tener la doctrina correcta la marca real de un cristiano? Si, de hecho. Sin embargo, hay algunos que después dudan de las enseñanzas que alguna vez aceptaron, tal vez porque fue más una aceptación mental que una fe de corazón. Otros hacen una confesión de fe debido a sentimientos emocionales, mientras que otros no son completamente sinceros cuando ellos hacen la confesión.

Consecuentemente, tampoco esto puede ser un medio certero para distinguir a los verdaderos cristianos.

De igual manera, la aceptación de los credos no debe ser tomada como una prueba de que uno es un cristiano real, porque tal aceptación no necesariamente implica el entendimiento y la experiencia plena de estas declaraciones. Hay una gran diferencia entre la aceptación de doctrinas o credos y comunión con Dios. Lo primero es una cuestión de razonamiento y conocimientos, mientras que lo último es una cuestión del Espíritu dando vida.

Es obvio que no existe ningún medio humano para distinguir claramente entre creyentes e incrédulos en casos dudosos. Los métodos de distinción sobre los que se basan las iglesias y los grupos Cristianos solo pueden resultar – como lo prueba continuamente la experiencia – en incluir a alguien que realmente no conoce a Cristo y excluir a alguien que tiene Su vida. En este sentido, no se puede considerar que las iglesias existentes sean lo mismo que la Ekklesia, o el verdadero Cuerpo de Cristo. El resultado de que las iglesias hayan asumido actitudes o prerrogativas que pertenecen solo al Cuerpo ha sido seria confusión. Siempre debemos distinguir claramente entre las iglesias del hombre y la Ekklesia de Cristo, el Cuerpo donde él vive.

A esta altura tal vez usted esté pensando “Si nosotros no podemos distinguir perfectamente entre Cristianos y no-Cristianos, ¿cómo seremos capaces de tener comunión con Cristianos?” Para aquellos que están acostumbrados a las prácticas de las iglesias, esta es una pregunta normal, porque para ellos es confuso pensar en comunión Cristiana fuera de la distinción externa propagada por el grupo de su iglesia.

Sin embargo tal ansiedad es innecesaria, porque Dios quien diseñó y creó esta comunión ha provisto un fundamento muy real y práctico para su realización. Nuestro problema radica en el hecho de que hemos venido a dudar que la relación espiritual que Dios nos ha dado consigo mismo y con otros, sea suficiente como la base de una verdadera y plena comunión. Esta duda existe solamente porque esa comunión tan simple y libre ha sido por mucho tiempo estorbada y escondida por las ataduras del institucionalismo. Debemos dejar que el poder del Espíritu que da vida nos libere de este falso sistema eclesial si es que alguna vez hemos de realizar la verdadera comunión Cristiana.

La nueva vida que se nos da en el nuevo nacimiento, si bien es espiritual, es una vida real y se expresará en sí misma en una vida práctica. La vida diaria del cristiano revela su fe tanto en palabras como en obras. Por ejemplo, el testifica de su fe en el Señor Jesús sin vergüenza. A estos que están teniendo comunión con el Señor, no les será difícil localizar a sus compañeros creyentes. Todos los que están “mirando a Jesús, el autor y consumidor de nuestra fe”, rápidamente van a reconocer a aquellos que tienen la misma característica de vida. Cuanto más fuerte la fe, más agudo es este sentido; para aquellos que están teniendo la comunión más vital con Cristo en esta nueva vida, pueden identificar más fácilmente a aquellos que tienen la misma vida.

Otro importante punto del cual agarrarse es que en la luz de la verdadera Ekklesia no es necesario limitar al Cuerpo de Cristo.

Las iglesias necesitan hacer esto para llevar a cabo sus actividades y funciones organizacionales, pero Cristo dijo: “Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”. Aun donde no hay un edificio para la iglesia o un liderazgo oficial, aun Cristo va a estar en medio de aquellos que se congregan en su nombre. Esta es la esencia de la verdadera Ekklesia, aunque no sea una “iglesia” como tal.

Cuando aquellos que confiesan a Cristo estén realmente viviendo una vida de comunión con el Señor, ellos realizarán en la práctica la verdadera comunión de la Ekklesia con todos los otros cristianos como un asunto muy normal. Esto desde luego si todos los otros elementos, tales como credos, rituales, instituciones, y entendimiento de la Biblia, son secundarios. Entonces, su comunión con otros es enteramente el resultado de su comunión con Cristo, y así esta koinonía con él es realmente su centro. Cuando estén unidos en esta simple base del Nuevo Testamento, los cristianos van a ser tolerantes con las diferentes opiniones y prácticas en asuntos secundarios. Ellos amaran a los otros

con el amor de Cristo, y en este amor vemos la esperanza de esa unidad de todos los cristianos la cual anhelamos.

“A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos” (Mat. 10:32).

“Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación” (Rom. 10:10).

“Todo aquel que confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él, y él en Dios” (1 Jn. 4:15).

El resultado de la confesión de fe, a no ser que sea una confesión falsa, es prueba que el tiene una comunión viva con Dios y se ha convertido en miembro del Cuerpo de Cristo, la Ekklesia. Pero, “Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso” (1 Jn 4:20); así que generalmente podemos decir por la conducta y la actitud de una persona en su diario vivir, si es que su confesión es sincera o no. Mas aun, aquellos que realmente tienen comunión con Cristo no pueden sino propagar el Evangelio. Entre los no-creyentes ellos darán testimonio de la verdad, no solo por la palabra de su boca sino por hacer buenas obras y por no temer a la persecución de los enemigos de Dios. Aquellos ha quienes se les ha dado dones espirituales, especialmente los dones de la enseñanza y predicación, usarán esta habilidad. De esta manera Dios hará que la Ekklesia crezca de fe en fe.

La Vida de la Iglesia (Ekklesia)

Esta koinonía – vivir en comunión con Dios y Cristo, teniendo acceso a Dios y conociéndole en amor y fe – es la Ekklesia real. En tal experiencia de vida, los cristianos se congregarán, adorarán juntos a Dios, se ayudaran unos a otros, y harán variadas buenas obras en cooperación. Como es natural en la sociedad humana, también en la Ekklesia: habrá divisiones de trabajo de acuerdo a las variedades de dones (1 Cor. 12:27-28). Todo será controlado por la Cabeza, Cristo, y cada miembro hará su parte en obediencia a la voluntad de la Cabeza. Ninguna institución humana, rituales, o ceremonias, son necesarios para realizar esto. La Ekklesia no puede ser formada por conocimiento humano y actividades humanas. Efectivamente, fue de estas cosas que la torre de Babel fue construida. La iglesia institucional puede tener alguna apariencia externa de Ekklesia, pero la comunión espiritual con Dios y Cristo está más asfixiada que ayudada debido a las formalidades de la iglesia.

La unidad legal de las organizaciones humanas, las cuales son muy a menudo gobernadas por hombres nombrados por métodos humanos, substituye a la unidad espiritual. Por su propia naturaleza – siendo una institución – la iglesia organizada es propensa a ser carnal en vez de espiritual. También, el sectarismo existente es en sí mismo una prueba de mentalidad carnal. “Porque aún sois carnales; pues habiendo entre vosotros celos, contiendas y disensiones, ¿no sois carnales, y andáis como hombres?” (1 Cor. 3:3). La Ekklesia, por el contrario, es un producto del Espíritu. Es, por eso, absolutamente necesario que se empleen medios espirituales en su gobierno y edificaron.

Si no damos la justa preeminencia a la koinonía con Dios por medio de Cristo como el centro de la fe Cristiana, no podemos sino fallar, porque solo hay dos caminos ante nosotros. Apartados del ateísmo secular y del concepto materialista, si no encontramos satisfacción a través de la comunión con Dios – para lo cual fuimos creados – entonces, invariablemente, trataremos de encontrar realidad y satisfacción en el “Iglesianismo” de instituciones, formas, y doctrinas. Al no tener “vida” espiritual, nos volvemos a la “religión”, el cadáver muerto.

CAPITULO NUEVE

¿Y qué acerca de las Sectas y Denominaciones?

SI ENTONCES ES CIERTO que la Ekklesia existe donde sea que haya esta comunión con Dios en Cristo – y consecuentemente comunión entre los creyentes - ¿qué pasa con las iglesias actuales? ¿Cómo debemos reaccionar a todos lo credos, dogmas, doctrinas, interpretaciones de la Biblia, ceremonias, sacramentos, y sistemas legales?

Variedad Esencial

En primer lugar, no debemos negar o buscar evitar el hecho de la existencia de variedad de doctrinas y asuntos prácticos. El hombre es una creación de Dios y Dios no crea como si fuese una fábrica, por medio de producción en masa. Cada persona es individualmente creada por Dios como un ser independiente y es, por eso, mas o menos diferente de todo el resto. Erramos si esperamos encontrar una similitud mecánica entre los hombres, aun entre los hijos de Dios. La Ekklesia es un Cuerpo que consiste en muchas personalidades independientes, si bien dependiendo los unos de los otros. Aun la ciencia biológica nos dice que cuanto más se desarrolla vida, más compleja es su construcción.

Algunos creyentes tienen profundos criterios teológicos, otros apasionadas tendencias evangelísticas, algunos este don, otros aquel don; también hay diferencias de razas y lenguajes, en grados de educación y en costumbres sociales. Cada uno tenemos nuestra propia responsabilidad que cumplir como resultado de las diferentes circunstancias y dones dados por Dios. Estas diferencias, sin embargo, no deben ser la causa de divisiones. ¿Por qué siempre pensamos que la división es siempre la única alternativa a la uniformidad e igualdad? La innumerable variedad de mentalidades humanas muestra la diversidad planeada del carácter del Cuerpo de Cristo. Cada miembro no solo debe retener su individualidad, sino que también debe desarrollar sus dones especiales para estar capacitado para servir a toda la Ekklesia y hacer su contribución necesaria a la plenitud de Cristo en su Cuerpo.

En este sentido, los diferentes énfasis de muchas denominaciones y sectas no son malos en sí mismos. Estas variadas diferencias van ser ganancia para todo el Cuerpo si cada grupo es lo suficientemente humilde para reconocer el valor de los otros, en vez de hacer de sus diferencias la base de su exclusivismo y separación.

No solo es innecesario sino actualmente peligroso el intentar anular las diferencias y hacer algo mediocre de ellas; y pero aun es tratar de unificarlos por medio de poderes políticos o eclesiales. En vez de condenar o excluir a esos cuyo conocimiento o entendimiento es diferente al nuestro, debemos amarlos, dando gracias a Dios por lo que nos ha dado en ellos. Si bien es bastante natural (carnal) que estas diferencias sean causa de división, los Cristianos no deben ceder a esta mundanalidad. Es el orgullo lo que desprecia a los que son diferentes. Si respetamos las diferentes tendencias, en amor por cada uno, esta variedad de los grupos locales de cristianos contribuirá al Cuerpo de Cristo, en vez de herirlo.

Son justamente tales diferencias lo que ha causado las sectas y denominaciones. La existencia de estas variadas características no debe ser condenada en sí misma; pero en vez de apreciar cuánto necesitamos la contribución que aquellos que son diferentes pueden hacer a nuestra fe, hemos hecho de nuestras propias diferencias un punto de encuentro, substituyendo a Cristo por nuestra expresión especial de Cristianismo como el centro de fe y comunión. Como resultado, lo que Dios tuvo intención de ser una bendición para la vida del Cuerpo, se ha convertido en una maldición, dividiendo a los cristianos en pequeños grupos, separándolos de los otros. En todas partes vemos creyentes poniendo a hermanos fuera de su comunión y rechazando, condenando, y despreciando a aquellos en quienes Cristo vive. Cuan horrible a los ojos de Dios es el pecado de desobedecer los mandamientos de Dios de amar a todos los cristianos, no a pesar de, sino debido a sus diferencias.

Podemos tan fácilmente ignorar las palabras del apóstol Pablo: "...os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados, con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor, solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz". El prosigue demostrando que la base de esta actitud está en la unión de estos siete encargos que nos hacen uno en Cristo. "Un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos" (Ef. 4:1-6).

En el cuerpo humano, los ojos, boca, nariz, oído, manos, pies, y muchos otros órganos físicos, cada uno trabaja de acuerdo al propósito para el cual fueron creados, nunca entrometiéndose en la esfera del trabajo del otro ni ridiculizando la función de los otros. Cada uno cumple su "llamamiento" de acuerdo al mandamiento de la cabeza. El pie no dice "porque no soy la cabeza, no pertenezco al cuerpo"; ni tampoco la oreja dice "porque no soy el ojo, no pertenezco al cuerpo". El ojo no debe

despreciar al oído porque no puede ver lo hermoso de su naturaleza; de la misma manera, el oído no debe condenar al ojo porque no puede oír una hermosa música (Lea 1 Cor. 12).

Decir esto, sin embargo, no significa que los Cristianos deban creer cualquier cosa que quieran, y que cualquier clase de fe igualmente va a ser una fe Cristiana. No, hay algo esencial que nunca podemos dejar de lado: la comunión viva con Dios y Cristo. Este es el centro de la fe Cristiana, sin la cual – u oponiéndonos a eso – nadie puede realmente ser llamado Cristiano. Cristo mismo es el objeto de nuestra fe y creemos en él como una Persona, no solo en los hechos sobre Él. Cualquier idea o concepto que tengamos deben tener su fuente y foco en el Único que, como el objeto de nuestra fe, es esa Roca desde donde fluye el agua de vida. Sin esta vida (el Espíritu que mora dentro de nosotros), no somos Suyos.

Unidad en la Diversidad

Una enseñanza que mucho ayuda a este tema la encontramos en los capítulos 14 y 15 de Romanos. Allí Pablo usa el ejemplo de las diferentes opiniones acerca de las comidas y días entre los creyentes en Roma para enseñar que los Cristianos no deben despreciarse o juzgarse unos a otros. Note lo que él hace: no les aconseja que encuentren un feliz punto intermedio entre las opiniones contendientes o que nivelen los dos extremos en un acuerdo. Por el contrario, el amonesta que “cada uno esté plenamente convencido en su propia mente”. El declara que Dios es capaz de hacer que los dos estén firmes, debido a que ambos sirven al Señor en obediencia a la convicción individual de Su voluntad (cf. v.4). El débil en la fe no debe juzgar al fuerte, y el fuerte no debe mirar al débil como si fuera inferior.

En esta conexión es también totalmente antibíblico definir la voluntad de Dios por un voto mayoritario. La voluntad de Dios no puede definirse por los deseos de la mayoría; por eso, cada uno de nosotros debe encontrar cual es la voluntad de Dios para sí mismo. Cada uno debe hacer lo que cree que es la voluntad de Dios para su propia vida, y dejar que todos los otros cumplan con su responsabilidad de hacer lo mismo. La voluntad de Dios puede diferir para cada uno de nosotros, pero eso no importa. Por medio de dar diferentes ordenes a muchos, y poniéndolos juntos de acuerdo a Su plan, en última instancia Dios va a cumplir Su completa voluntad. La responsabilidad individual es necesaria para hacer la voluntad de Dios porque la voluntad de Dios es compleja, difiriendo de acuerdo a cada persona involucrada. Por otro lado, Pablo nos dice que debemos vivir en armonía, “unánimes, sintiendo una misma cosa” (Fil. 2:2). El dice que debemos “estar unidos en una misma mente y en un mismo parecer” (1 Cor. 1:10). Y de tener “entre vosotros un mismo sentir según Cristo Jesús, para que unánimes, a una voz, glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo”.

La cuestión entonces es como esos que están “plenamente convencidos en sus propias mentes” de diferentes convicciones, pueden estar capacitados para tener un mismo sentir y unánimes, a una voz, glorificar a Dios. ¿No es obvio que esto solo se puede realizar si el único y esencial centro, de donde fluye toda la experiencia Cristiana, es el amor y la unidad de la comunión espiritual con Dios en Cristo? Esto es unidad en diversidad y diversidad en unidad. La verdadera Ekklesia no tiene ni uniformidad, ni diferencias de conflictos, ni individualismos, ni colectivismos. Es un Cuerpo vivo, con diversos miembros.

Esta es una severa amonestación contra el espíritu sectario de las iglesias. La diferencias dadas de Dios, las cuales deben contribuir a la plenitud del único Cuerpo, ha venido a ser causa de división en vez de unión. Cada secta y denominación tiene su propia institución y credo. Cuando hay una diferencia entre los miembros de una iglesia, algunos de ellos se separan de sus hermanos Cristianos y forman su propia institución y credo. Tal institución y credo claramente distingue a ese grupo de los otros y consecuentemente se convierte en la causa de división.

La única Base para la División

Esto nos hace cuestionar sobre si alguien debe o no ser excluido alguna vez de la comunión Cristiana. La respuesta es evidentemente sí, pero debemos ser cuidadosos de observar las circunstancias Escriturales para tal exclusión. De acuerdo a Pablo, tales casos surgen cuando allí hay alguien entre los hermanos que comete un pecado bien grueso. Pablo instruyó a los creyentes “que no os juntéis

con ninguno que, llamándose hermano, fuere fornicario, o avaro, o idólatra, o maldiciente, o borracho, o ladrón; con el tal ni aun comáis”.

Tales “creyentes”, si se prueba que son incorregibles, deben ser considerados como incrédulos (Mat. 18:15-17). Sin embargo, tal separación no es entre cristianos, sino más bien es la expulsión de aquellos que no pueden ser aceptados como cristianos a pesar de lo que profesen. Si permitimos que tal gente pecadora se mezcle con los miembros de Cuerpo de Cristo, la Ekklesia, es como si permitiésemos que gérmenes infecciosos o un crecimiento maligno permanecieran en nuestro cuerpo físico: todo el cuerpo se va a corromper.

Hay una diferencia fundamental entre inmoralidad o una doctrina que niega a Cristo, y las variaciones en doctrinas o prácticas encontradas entre los individuos cristianos que básicamente tienen a Cristo como el centro de su fe. Mientras que lo primero va a destruir el Cuerpo de Cristo, lo último ayudará a la consumación de ello. Por eso, lo uno debería ser rechazado y conducido fuera, mientras que lo otro debe ser aceptado y tratado como las contribuciones que Dios da a la comunión.

Esto, desde luego, no significa que todas las diferencias doctrinales deban ser aceptadas. Cuando Pablo recordaba a los creyentes de la esencia del “...evangelio que os he predicado, el cual también recibisteis, en el cual también perseveráis; por el cual asimismo, si retenéis la palabra que os he predicado, sois salvos, si no creisteis en vano” (1 Cor. 15:1-2), seguramente tuvo la intención de enfatizar la importancia de lo que él había predicado. Su mensaje fue que “Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras; y que apareció a Cefas, y después a los doce (1 Cor. 15:3-5).

Durante ese tiempo había algunos “cristianos” quienes insistían que no había resurrección de los muertos. Esto presentaba un problema muy serio para Pablo, porque el centro de la fe era la comunión con el Cristo viviente, quien “murió por nosotros y resucitó de nuevo de entre los muertos”. Por eso, esta diferencia no era una cuestión de opinión teológica, sino una negación de la base esencial de la fe Cristiana; esto es, la comunión en el Espíritu con el Jesús resucitado. Si Jesús no resucitó, entonces esta comunión con él sería olo pura fantasía, sin realidad, y “...vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe” (1 Cor. 15:14). Pablo no podía guardar silencio sobre esto.

Pero aún en un caso como éste, Pablo no estaba pensando en excomulgar a aquellos que no creían en la resurrección, porque él no tenía ninguna institución u organización de la cual ellos pudieran ser excluidos. Estando convencido de que ellos no tenían una comunión viva con Dios, el buscó persuadirlos acerca del hecho de la resurrección. Con esta actitud él demostraba lo que los cristianos deben hacer cuando se confrontan con aquellos que no están de acuerdo sobre hechos y enseñanzas importantes y centrales del Evangelio. En vez de echar fuera de una vez a esas personas que no entendían la resurrección, él deseaba ayudarlos a entender el verdadero Evangelio para que vinieran a una comunión viva con el Cristo resucitado.

El Asunto Definido

En conclusión, retornamos nuevamente a nuestra reacción a las existentes iglesias sectarias. Es cierto que normalmente éstas tienen su origen en aquellas variaciones y diferencias, que deben ser reconocidas y apreciadas para su necesaria contribución a la vida y comunión de todo el Cuerpo. Con todo, nos vemos forzados a concluir que la organización e institución que el hombre ha construido de estas diferencias, solo han entorpecido e interrumpido la vida de la verdadera Ekklesia. La historia ha probado que esto es cierto una y otra vez. Aún con sus mejores intenciones, ellas no añaden nada a la realidad y practicidad de la koinonía con Dios en Cristo, lo que produce el Espíritu en el Cuerpo de Cristo. Creyentes que están fuera de sectas y denominaciones no encontrarán ninguna necesidad de ellas para tener plena y completa comunión con Dios y con los hombres en la Ekklesia. Mientras que esos que están dentro, aunque no necesiten dejar su organización institucional, ciertamente deben enfrentar directamente el asunto de obediencia a Dios en la operación práctica de la comunión ilimitada que Él ha diseñado que ellos tengan como miembros del cuerpo global de Cristo.

CAPITULO DIEZ

Varios Asuntos Aclarados

DIVISION, CONFUSION, Y LIMITACION están escritas sobre la Cristiandad de estos días. El espíritu sectario ha paralizado la gloriosa experiencia de los creyentes de ser un gran Cuerpo de Cristo. Sin embargo, en medio de todo esto – aún en los momentos más oscuros desde Cristo – siempre han existido aquellos que gozan una comunión viva con Dios y todos los demás que también comulgan con El.

La gracia de Dios y la poderosa presencia del Espíritu han creado y mantenido en el mundo, aun en medio de los enredos de los institucionalismos religiosos, un “pueblo peculiar”, el cual el Nuevo Testamento llama la Ekklesia. Esta simple comunión viva llamada koinonía, fue reemplazada por las “iglesias” (no producida por, como muchos podrían pensar), las cuales han intentado expresar vida espiritual en formas institucionales, de credos, y ceremonias. Un cuidadoso estudio de esta Ekklesia revela ciertas verdades básicas, las cuales hemos querido aclarar en los capítulos precedentes, pero sería de ayuda que lo resumiésemos aquí.

El centro del Cristianismo es la comunión con Dios a través de Jesucristo. Esta relación con Dios es simplemente el estado de tener fe personal en el Señor Jesús, esto es, estar en unión viva con Cristo en la nueva vida espiritual que el Espíritu que mora dentro nuestro da al verdadero creyente. Todos los que están verdaderamente en una relación viva con Dios, están unidos a todos los que tienen esta relación en esta misma clase de comunión. Esta koinonía con otros creyentes es llamada “la Ekklesia” y se basa, al igual que la koinonía con Dios llamada “salvación”, en la posesión común del Espíritu que da vida. La Ekklesia, como el Cuerpo de Cristo, es un organismo vivo, compuesto de todos los que están en comunión con Dios. Las instituciones, u organizaciones, credos, doctrinas y ceremonias, no son esenciales para esta comunión. Nada de esto sirve para determinar quien es verdaderamente un miembro del Cuerpo y quien no.

Cada miembro está designado por Dios para una contribución necesaria a todo el Cuerpo. Los dones del Espíritu, mientras obran a través de individuos, los hacen más o menos diferentes unos a otros, si bien todos tienen la misma comunión con Cristo. La unidad inherente del Cuerpo de Cristo no debe ser deteriorada o impedida por nada. Las organizaciones, doctrinas y ceremonias, que algunos pueden usar para expresar su vida en Cristo, nunca deben impedir la comunión, o ser hechas su centro. Las diferencias en los entendimientos y prácticas pueden ser normales, y aun saludables, pero no deben ser una razón para divisiones y orgullo entre los cristianos.

Ahora, al llegar a la conclusión de que la comunión con Dios en Cristo es el verdadero centro del Cristianismo, aceptamos que muchos problemas se solucionan. Por ejemplo, los cristianos vendrán a vivir naturalmente como una Ekklesia, en comunión con Dios, cuando esto nunca sucedió mientras retuvimos nuestra concepción presente de la iglesia. Esto también revela porqué tantos así-llamados Cristianos ortodoxos, si bien confiesan las mejores doctrinas, actúan de manera muy no-Cristiana, mientras que otros que doctrinalmente están más bien lejos de la ortodoxia, son más dignos de ser llamados Cristianos en su modo de vivir. Los primeros, si bien son doctrinalmente correctos, han perdido la esencia del Cristianismo, y su comportamiento lo revela. Los últimos, si bien tal vez un poco confundidos en sus mentes, le han sacado partido a la vida y el fruto de esa koinonía con Dios es evidente ante todos.

Otra piedra de tropiezo para muchos es la aparente diferencia entre la enseñanza de Pablo y la de Cristo en los Evangelios. Jesús enfatizó el hacer, mientras que Pablo enseñó fe. Sin embargo, cuando queda claro que el centro y esencia final de ambas enseñanzas son la vida-uniión entre Dios y el hombre, entonces vemos que la diferencia es un asunto de énfasis y cualquier argumento acerca de “Cristo o Pablo” es absurdo.

Nuevamente, antiguamente se creía que la defensa militante de la doctrina ortodoxa era una tarea sagrada de los cristianos, y de ahí el énfasis sobre la mente y el conocimiento en vez del corazón y sus reacciones a los tratos del Espíritu de Dios. Ahora, no damos cuenta que esto es un celo fuera de lugar. Es la unión y comunión con Dios – la nueva vida en Cristo – lo que debe defenderse y proclamarse, y después la doctrina necesaria va a surgir naturalmente de su propia fuente y verdad.

La historia es testigo de lo que estoy diciendo. Si una institución, organización, credo, ritual, etc. viene a ser el centro de la fe cristiana, entonces, o la vida de los cristianos cesa de ser la vida de Cristo, como lo es el Catolicismo, o la iglesia se quiebra en muchos fragmentos como lo es en el Protestantismo.

Cuando vemos esta verdad simple, la "regla de oro" (Mat. 22:37-39) se ve en su verdadera luz y se vuelve vital en la vida de la Ekklesia. Si bien nunca nadie ha dudado que esta ley de amor es la enseñanza más noble del Cristianismo, ha habido muchos en el Protestantismo que, en su insistencia de que el hombre se salva solo por fe, han fallado en reconocer esto como la expresión básica de koinonía.

Triste es decirlo, pero la iglesia ecuménica se está yendo por la misma y equivocada ruta de las organizaciones anteriores. Es bueno que busquen la unidad entre los cristianos, pero mejor sería que enfatizaran tolerancia y amor entre todas las sectas y denominaciones e hicieran que desaparecieran los límites institucionales y organizacionales lo máximo posible, en vez de tratar de crear una súper-organización: la iglesia ecuménica. Esto, al menos, pondría el movimiento en la ruta correcta y sería un sano comienzo hacia la plena realización del Cuerpo.

Otro punto de perplejidad ha sido la importancia de los escritos de Juan en expresar las verdades fundamentales de la Ekklesia. Como las enseñanzas de Juan fueron prácticas y experimentales antes que lógicas, no encontraron su lugar correcto en la teología de la Iglesia. En vez de eso, las epístolas de Pablo, debido a que eran más teóricas y lógicas, fueron enfatizadas sobremanera por la organización institucional, para convertirse en la fuente principal de disputas y divisiones teológicas.

El Nuevo Testamento es solo una extensión y cumplimiento del Viejo en presentar la koinonía con Dios como la verdad central. Y Pablo y Juan son uno con Cristo en enseñar la misma verdad, solo que en desde diferentes ángulos.

CAPITULO ONCE

El Romanismo como el Origen del Sectarismo

LA IGLESIA CATÓLICA culpa a los protestantes de división, diciendo, que esa es su merecida recompensa por el pecado de separarse de la verdadera Iglesia. Esta acusación parece justificable al comienzo, porque mientras ha habido poca división en la Iglesia Romana, el Protestantismo ha sufrido interminables divisiones de sectas y denominaciones. Sin embargo, la culpa realmente cae sobre los acusadores.

La Iglesia Romana es el más completo y mejor organizado régimen totalitario en la esfera de la religión; la conclusión lógica del asumir que la Ekklesia es institucional en su carácter. Por más de mil años tuvo al Cristianismo de Europa en sus garras, y en cooperación con los poderes terrenales, fue capaz de tener completo dominio sobre toda Europa.

Este control unificado fue ejercido por medio de consolidar dogmas, organizaciones jerárquicas, e imponer disciplina sobre sus miembros. Note los tres lados de este triangulo sectario, dogmas, organizaciones jerárquicas, y la imposición de disciplina.

Para lograr conformidad, la Iglesia usó el severo castigo de la excomunión, lo cual significaba que el condenado perdía sus privilegios de ciudadanía y protección legal del Estado, así como la membresía en la Iglesia, y la esperanza de salvación. Esto fue extendido por el sistema de la Inquisición, en el cual aquellos que estaban en contra de los dogmas, enseñanzas o leyes, y de las instituciones de la Iglesia de Roma, eran entregados a las autoridades civiles para ser ejecutados como herejes.

Esta combinación de poderes eclesiásticos y políticos, con la opresión y persecución practicada por ellos, tuvo una tremenda influencia sobre las naciones Europeas, que aún no han sido borrada de la historia de ellas. Los hombres estaban tan asustados de ser marcados como herejes que pocos osaban aun pensar en criticar las doctrinas de la Iglesia. Difícilmente nadie tuvo el coraje de estudiar estas doctrinas para determinar si ellas eran realmente verdaderas. De esta manera, las enseñanzas,

organizaciones y autoridades jerárquicas católicas, fueron consideradas inherentemente santas y por encima de críticas. Los pueblos de Europa, con muy pocas excepciones, se sometieron a esta dominación eclesial y así vinieron a ser los fieles defensores de la Iglesia Romana.

Una inevitable mala política de todo sistema totalitario es la persecución de la oposición. Esto es cierto tanto en el Oriente como en el Occidente. Durante los dos siglos y medio del régimen de Tokugawa en Japón (1623-1867), ese gobierno tuvo absoluto control sobre todo el país. Cuando el gobierno portugués se expandió y sus misioneros Romanos prometieron volverse los enemigos del gobierno totalitario de Tokugawa, el Cristianismo fue prohibido. Todos los cristianos fueron severamente perseguidos y el Cristianismo sufrió una aniquilación casi total.

Ahora bien, para que su pueblo aprobara esta política, las autoridades japonesas difundieron horribles e infundados rumores de que la religión cristiana era tan abominable en sus prácticas y enseñanzas que destruiría la nación. Y así el pueblo en general, sin saber lo que era el Cristianismo, creyó que era la religión más perniciosa en el mundo y de ese modo justificó la persecución de ella por el gobierno. Esta actitud mental ha persistido aun hasta el presente día, de manera que la mayoría de los japoneses tratan de estar lejos del Cristianismo y aborrecen de corazón la conversión de uno de los de su familia. Como usted puede ver, los japoneses fueron educados a odiar al Cristianismo y sentir como una responsabilidad patriótica el aniquilar esta peligrosa fe.

Esta es una excelente ilustración del principio que operó entre los pueblos de Europa bajo la dominación de la Iglesia Romana a través de la Edad Media. Cuando los hombres están bajo las mismas condiciones sociales y religiosas durante cierto periodo de tiempo, terminan aceptando el orden existente como una verdad incambiable. Debido a que la Iglesia Romana enseñó al pueblo a odiar a los herejes y defender la integridad de las enseñanzas de la Iglesia, el pueblo creyó su responsabilidad hacer esto y, debido a eso, no tuvo tolerancia con los herejes.

Los reformadores mismos fueron educados en la misma atmósfera, así que también ellos creyeron necesario defender la verdadera fe siendo intolerantes con cualquier hereje. La única diferencia es que para los protestantes, los católicos eran herejes y la verdadera fe era ahora la fe evangélica. También los protestantes, en gran parte, carecían de poder para perseguir a la Iglesia Romana, entonces solo pelearon contra ella. Debido a que ellos no pudieron exterminar el Catolicismo, tuvieron que satisfacerse con meramente separarse de las ataduras de su autoridad.

Con todo, los reformadores no se detuvieron en solo separarse de Roma; porque habiendo quedado libres al romper sus ataduras, hicieron su propia iglesia institucional. Casi inmediatamente después, aparecieron las diferencias de opinión entre ellos, y habiendo aprendido bien la lección de sectarismo de la madre de ese espíritu, ahora ellos creían ser los defensores de la verdadera fe. Su único recurso ante la diferencia de opinión fue la separación, y allí empezó el interminable motivo de la división. Esto ha sido mayormente esparcido donde hay mucha libertad individual, como en Inglaterra y Estados Unidos. En dichos países, donde la libertad religiosa hace fácil el crecimiento de diferencias, personas que están muy ansiosas en defender y propagar lo que ellos piensan como la única verdad, no tienen escrúpulos en separarse de otros, si bien no pueden perseguirlos.

En Alemania y Escandinavia, donde los poderes políticos apoyaron los movimientos de la Reforma, las cosas no fueron tan lejos, pero aun allí el espíritu de excluir a los herejes persiste. Naturalmente, las formas de expresar una actitud varían con cada generación. Puesto que la separación de otros creyentes con los cuales no estamos del todo de acuerdo, no involucra ya más una persecución física, se piensa que está bien, y por eso se vuelve muchísimo más serio.

Desde la gran Reforma, los mismos líderes tomaron este espíritu de intolerancia, aun en contra de los otros protestantes; se espera por tanto que sus seguidores hagan lo mismo. La persecución de los Puritanos y otros independientes por la Iglesia Anglicana, la resistencia contra los movimientos de las iglesias libres entre los Luteranos, la intolerancia de los Nuevos Puritanos Ingleses, y muchas otras divisiones en Europa y América, ha surgido de este espíritu de sectarismo todavía vivo entre los protestantes¹¹.

¹¹ Para un estudio profundo de este principio a través de los siglos desde Cristo, recomendamos el dinámico libro Nuevo, La Antorcha del Testimonio por John Kennedy (distribuido por Voice Christian Publications).

Y así el Cuerpo de Cristo ha sido dividido en innumerables secciones, Y aun más lamentable es el espíritu de orgullo y jactancia sobre tal separación como una defensa de la pureza de la fe, mientras que lo que realmente hace es separarse de la esencia central de verdadero Cristianismo. Oh, amados hermanos y hermanas en Cristo. Este espíritu sectario, el cual ve herejía aun en las pequeñas diferencias de la teología, prácticas e instituciones, nunca tuvo que haber sido traído de la Iglesia Romana. No tiene lugar en la comunión de los verdaderos cristianos. Tal espíritu es inevitable en tal Sistema institucional como el Romanismo debido a que es la única forma de conseguir la unidad en una institución, pero el Espíritu de Dios viviendo en la Ekklesia, hace del sectarismo algo no solo innecesario, sino un pecado.

Que Dios nos conceda a cada uno de nosotros la gracia de simplemente levantarnos por encima de la iglesia del hombre y que nos atrevamos a darnos cuenta de la libertad y realidad de la iglesia que fundó Jesús de Nazaret.

CAPITULO DOCE

¿Es posible la unidad?

EL MOVIMIENTO DE LA IGLESIA ECUMENICA se ha convertido en un elemento importante en la comunidad cristiana en la generación presente, pero en la medida en que trate de crear unidad a través de credos, instituciones, u organizaciones, hay pocas esperanzas de otra cosa que no sea más desilusiones y fracasos. De hecho, como mencioné anteriormente, también es muy probable que este movimiento pueda crear otra nueva secta con nuevos dogmas e instituciones.

Es muy difícil unir credos e instituciones de cientos de denominaciones o iglesias. Efectivamente, es casi imposible porque muchas de ellas tienen muchas clases especiales de credos e interpretaciones de la Biblia, de la cual ellos están tan orgullosos que sería un suicidio para ellos abandonarlos o cambiarlos.

Si se hace un intento de encontrar el factor común más grande de los credos de varios cientos de sectas, el resultado será simple: "Creemos en un solo Dios", y todos los demás credos importantes deberán ser ignorados. Si por el contrario ellos tratan de encontrar el mínimo común de los credos, tal credo va a contener muchas ideas contradictorias, lo cual no significará nada como credo.

Aun "comunión con Cristo y Dios" no podría funcionar como credo de tan conglomerada institución que muchos están buscando hacer. La comunión o *koinonía* no tiene un inconfundible signo que pueda encajar en tal situación. *Koinonía* es un hecho, no para ser incluido en doctrinas, credos, instituciones, o rituales, sino para ser experimentado.

Mientras tomemos esta *koinonía* como el centro de nuestra fe cristiana, rechazando tener ningún credo, institución o algo parecido como el elemento central y esencial, nuestra unidad consistirá en el amor. Estamos unidos en ese amor el cual tenemos hacia aquellos que sentimos que son hermanos cristianos por su confesión de Cristo y su vida diaria de fe y amor.

Esto pareciera ser muy vago e incierto para aquellos que quieren algunos signos externos como prueba de que son cristianos; pero todos los que tienen un cierto grado de experiencia, saben que en el diario vivir de un creyente, el amor de Dios hará de la unidad algo muy real y práctico. ¿No fue esto cierto con ese pequeño grupo que creyó en Jesús en seguida después de Pentecostés? (Hch. 2:43-44). Sobre esta base podemos tener una Ekklesia en amor. Pueden haber muchas opiniones, pero no enemistad.

Al presente están todas las sectas y denominaciones paradas unas al lado de otras. Cada una piensa que es la única y verdadera Iglesia. O al menos la más correcta expresión de ella. Cada una cree que es su deber el convertir a otros a su fe. Ellos se ponen grandes "etiquetas" en ellos mismos, mostrando los puntos especiales de su fe. Publicitan su propia marca de Cristianismo para conseguir tantos convertidos como sea posible. Ponen especial peso e importancia en sus registros de marca o

credos especiales, haciéndose tan famosos como sea posible . Condenan los artículos de otros “líderes” como de inferior calidad y amonestan a la gente a no comprarlos.

Y así, en el mercado cristiano las diferentes marcas están compitiendo entre ellas en su campaña publicitaria de venta, al igual que los negocios del mundo. Algunas veces pueden tener campañas conjuntas contra el paganismo, pero finalmente no quedan satisfechos hasta que cada uno se jacte de su propia superioridad sobre otros. En esto las iglesias nunca tendrán verdadera unidad, sin importar cuánto puedan decir que la quieren.

Por otro lado, la unidad es bien posible si los cristianos simplemente viven en comunión con Dios y con Cristo. Y al mismo tiempo entre ellos mismos, aceptando las diferencias de doctrinas y otras pequeñas distinciones como variaciones razonables debido a las distinciones personales. Mientras nos demos cuenta de que estas variaciones van, en muchos casos, a hacer la vida en el Cuerpo de Cristo más completa y abundante, aun podemos respetar las deferencias y en amor mutuamente ayudar a hacer crecer el Cuerpo de Cristo.

Tomando esta actitud nunca estaremos engreídos de nuestra fe y así ser capaces de guardar la amonestación de Pablo a los Filipenses: “Por tanto, si hay alguna consolación en Cristo, si algún consuelo de amor, si alguna comunión del Espíritu, si algún afecto entrañable, si alguna misericordia, completad mi gozo, sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa. Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo” (Fil. 2: 1-2).

La gloriosa unidad de la Ekklesia solo puede ser realizada en esta actitud de amor, pacientes y tolerándonos unos a otros, respetando los dones especiales de otros, y así perfeccionando el Cuerpo de Cristo. Debemos abandonar la actitud que “ortodoxia es mi-doxia y heterodoxia es tu-doxia” y unirnos en una amante comunión con Dios y Cristo.

Entonces, como dijo Pablo, “siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor” (Ef. 4: 15-16, ver también en Col. 2: 19).

Esta es la unidad real de la Ekklesia, el Cuerpo de Cristo. Debido a que es un organismo, no hay método humano que lo produzca. La vida como un organismo tiene su fuente en la vida y no en ninguna organización. En tanto que los cristianos crean de sí mismos como una institución, no puede haber unidad en Cristo. Las iglesias en su estado presente nunca podrán estar unidas, porque su misma existencia está basada en el principio de división en un intento de limitar la comunión y visiblemente distinguir sus creencias (su fe).

La Ekklesia no necesita estar unida, porque su misma existencia está basada en el hecho de una unidad ya existente. La unidad es la gloriosa unidad de todos nosotros siendo un Cuerpo en Cristo, cuyo Cuerpo, por su misma vida, está en constante comunión (koinonía) con el Cristo viviente. Oh, amado compañero creyente, si vemos esta simple y maravillosa verdad, atrevámonos a dejar todo lo demás y experimentar esto. ¡Dios conceda que así sea!

FIN